

MEMORIAS DE EL SALVADOR

Alberto García



unpasitomás

Memorias de El Salvador

MEMORIAS DE EL SALVADOR



Alberto García



Mi agradecimiento a tod@s l@s soci@s,
cooperantes y personas que con su
desinteresada colaboración, solidaridad
y entrega hacen crecer el proyecto
de la Asociación “*Un pasito más*”,
sin cuyo generoso apoyo no hubiese
sido posible realizar este diario.

Entrada

Quien haya adquirido este libro, sea de forma lícita o ilícita, y espere haber encontrado a un módico precio las memorias inéditas de Jesús, ha picado en el cebo del título y se va a llevar una decepción. Aun así no ha de desesperar, ya que todo el mundo tiene en casa un mueble que cojea y este libro tiene un grosor idóneo para solventar la situación.

Lo que aquí encontrará es una narración de dudosa calidad, que describe el viaje que realizaron a El Salvador cuatro maestros en el mes de agosto de 2007 como parte del proyecto “*Un pasito más*”. Por su carácter personal, puede contener opiniones que no sean del agrado de alguien, pero en ningún momento ha sido la intención ofender. Y pido disculpas de antemano si en algún caso hiero la sensibilidad del lector.

Espero que se entienda que, como diario, contiene las vivencias y pensamientos de una persona y no de un colectivo, por lo que los posibles errores o imprecisiones han de achacarse a mí y no al Proyecto.

El Proyecto

“*Un pasito más*” nació como respuesta a las enormes necesidades y dificultades que tienen la gran mayoría de los salvadoreños. Arancha Díaz, conocedora de esta dura realidad y principal impulsora del Proyecto, logró concienciar a la mayor parte de los trabajadores/as de las escuelas de la Obra Social de Caja Madrid. Apoyadas por los Centros y los equipos directivos, se concretaron acciones para tender una mano a El Salvador.

Al parecernos un pilar fundamental en el desarrollo de un país y, siendo nuestro campo de especialización, decidimos encaminar en un principio nuestras acciones al ámbito educativo. Como los fondos recaudados eran limitados, nos pareció que dedicarnos a una sola cosa sería la decisión más correcta.

El Proyecto tiene varias vertientes: Por un lado, tiene carácter informativo sobre la situación general del país, sus necesidades y el rudo presente en el que tienen que vivir niños y jóvenes, que les lleva a perder la posibilidad de tener un futuro adecuado.

Teniendo esto en cuenta, el Proyecto recibe donaciones para becas de estudios para alumnos de Bachillerato, cuyo monto actual es de 144 euros/año durante los 2 ó 3 años que dura. El Bachillerato es comparativamente mucho más caro que la Educación Primaria, a menudo prohibitivo para una familia. Esta situación se agrava porque la familia, además, pierde mano de obra, ya que a esa edad los niños/as han de ponerse a trabajar para colaborar económicamente en casa.

Aparte de estos “apadrinamientos”, se reciben donaciones más pequeñas para el Proyecto que, o bien se acumulan para becar a más chicos/as, o bien se destinan a proyectos escolares directamente en El Salvador. Trabajamos en dos municipios

principalmente: Jerusalén, en el Departamento de La Paz y Chiltiupán, en el Departamento de La Libertad.

En las escuelas también se realizan actividades para recaudar fondos para el Proyecto como: venta de lotería de Navidad, rastrillos, cuentacuentos, fiestas, mercadillos, etc. Estas acciones voluntarias, que hasta el momento han cosechado muy buenos resultados, ponen de manifiesto el grado de implicación y dedicación de los docentes y el personal de los centros. Esperamos crecer poco a poco para ampliar nuestro campo de acción.

Todo aquel que quiera conocer más sobre este proyecto, puede visitar nuestra página web en www.porunpasitomas.org

El Salvador

El Salvador está ubicado en Centroamérica, entre la costa del Pacífico, Guatemala y Honduras. Es un país pequeño, densamente poblado, de 21.041 km cuadrados, el equivalente aproximado de la provincia de Badajoz.

Es un pulmón, una espléndida extensión verde de magnífica y variada flora. Plantas y árboles crecen por doquier y un clima cálido durante todo el año los dota de un verdor, vigor y frondosidad extraordinarias. Posee altas sierras, costa y fuentes de agua dulce, menos frecuentes en la estación seca y más abundantes durante la estación de lluvias.

Sus costumbres y tradiciones, en algunos aspectos parecidas a las nuestras, tienen muchas peculiaridades, a veces influenciadas por países vecinos pero al mismo tiempo conservando una profunda cultura autóctona. Sus celebraciones son vivaces y coloridas, como las “fiestas rosas”, la mayoría de edad de las niñas, que tienen la particularidad de que todo es de color de rosa. Sus trajes típicos tienen muchos volantes y son

de colores chillones, los cementerios están pintados de colores, etc.

Las gentes que lo pueblan son abiertos y amables con los que vienen de fuera, intentando ayudar siempre que pueden. Esta hospitalidad se ve reforzada por su profunda convicción religiosa que la mayoría de las veces guía su conducta, su pensamiento y sus acciones. Aunque es una sociedad bastante machista, la necesidad les une de una manera especial y les hace ser menos individualistas.

Este país ha salido hace relativamente poco de una guerra civil devastadora, que lo ha sumido en una profunda pobreza. Empezó en la década de los 70 y, aunque hace más de una década que acabó el conflicto armado, todavía se pueden contemplar los efectos y las secuelas de la guerra. No existe clase media como tal, sólo una minoría muy rica y una inmensa mayoría extremadamente pobre. Todo esto, unido a la destrucción causada por temporales y huracanes que asolan cada año el país, lo convierten en uno de los más pobres del planeta.

Es un país de una gran riqueza, maltratado por la historia, que intenta, pese a los muchos obstáculos, olvidar su cruento pasado reciente (sin resignarse a no aprender nada de él) y que vive como única realidad el presente, el día a día. Nuestro sueño y nuestra meta es colaborar con ellos para que tengan un futuro que, aunque lejano todavía, ofrezca la oportunidad de prosperar que todo salvadoreño desea y merece.

El viaje

El objetivo de este viaje como parte del Proyecto “*Un pasito más*” era llevar a cabo acciones de colaboración y ayuda, presentando

un carácter marcadamente educativo, con las zonas más desfavorecidas del país.

Los integrantes de este grupo, que apenas se conocían de antes, eran: Arancha Díaz, maestra de inglés de la Escuela Infantil “ADELA ABRINES”; Raquel Varela, maestra de audición y lenguaje e infantil en el mismo centro; Teresa Blanco, maestra de audición y lenguaje de la Escuela Infantil “CONDE DE ELDA” y Alberto García, maestro de educación infantil en la Escuela Infantil “MANUEL AGUILAR” (fichado recientemente por la “CONDE DE ELDA”).

Nuestro trabajo tenía cuatro campos fundamentales de actuación: encargarnos de todo lo relacionado con los becados/as, dotar de material educativo a las escuelas, relacionarnos con las familias de los becados/as y realizar capacitaciones (cursos) para los maestros/as de las escuelas y sus alrededores. Una vez allí, encontramos otras muchas formas de colaborar: creación de espacios educativos, capacitaciones para madres y trabajadores sanitarios, adquisición de una silla de ruedas para una alumna, adecuación de una parvularia y otras muchas que se explican a lo largo de este diario.

A todos nos ha parecido un viaje maravilloso y muy interesante, en el que hemos dado, pero hemos recibido aún más; en el que hemos enseñado, pero del que hemos aprendido y reaprendido cosas que en nuestra sociedad ya teníamos olvidadas. Finalmente, hemos disfrutado conviviendo con ellos y, si bien su situación no ha mejorado mucho, creemos haber encontrado una fértil tierra en la que, cuidándola año tras año, podremos ver cómo crecen y florecen los salvadoreños como individuos y como país. Por ello queremos acompañarles y ayudarles a dar ese pasito más en el largo camino de la vida.

La llegada

Después de mucho tiempo de preparativos, por fin llegaba el gran día. Cuatro personas que casi no se conocían iban a convivir durante un mes en un país extranjero.

Aunque este preámbulo pueda parecer una nueva versión de Gran Hermano (gran desilusión para algunos lectores, ávidos de detalles personales de los implicados) no lo es. Es el principio de una aventura que ha dejado huella en nosotros.

En el avión nos tocó asientos separados a los tres que volábamos (Arancha ya nos esperaba allí), así que crucé los dedos para que pusieran buenas películas. Gran error. Una teleserie rodada cámara en mano sobre misterios en Egipto y Gol II (no me quiero imaginar la primera) en la que salen fugazmente jugadores del Real Madrid y que a un buen “rojiblanco” como yo lo dejan indiferente.

No tenía sueño y como soy muy introvertido, hablar con la chica americana que se sentaba a mi lado no era una opción. Si se estaba preguntando si podría estar las 12 horas que duraba el vuelo sin hablarle, mi sepulcral silencio durante las 5 primeras debió aclarar bastante sus dudas. Vivir en una ciudad como Madrid nos hace aislarnos, no nos importan los demás. Al menos podemos decir que no está en nuestra naturaleza, ya que mientras estuvimos en El Salvador se interesaron por nosotros y trataron de ayudarnos en todo, y nosotros intentamos corresponderles como pudimos. Me pasé el viaje leyendo, aunque pude dormir un par de horas. Menos mal que llevaba más libros ,porque al llegar había leído ya 300 páginas.

Hicimos escala en Guatemala y nos tomamos un refrigerio en su moderno aeropuerto. Cogimos otro avión y llegamos a San Salvador sin incidentes. No pudimos ver cómo funcionaban los famosos semáforos del aeropuerto ya que estaban apagados.

Lo primero que noto cuando hago un viaje es el olor del país. Las plantas, la comida, los coches,... todo huele diferente y se nota nada más poner un pie allí. La otra cosa que se siente nada más llegar es la temperatura. Llegamos prácticamente de noche y sudábamos por todos los poros.

San Salvador. Hay que decir que la capital es diferente al resto. Las sensaciones de paz, de armonía con la naturaleza, de libertad y de amplitud que se pueden experimentar en cualquier parte de El Salvador son imposibles de encontrar en esta urbe.

Instintivamente me puse a buscar al actor Mel Gibson, ya que el panorama que se abría ante nuestros ojos era post-apocalíptico, al más puro estilo Mad Max. Coches desvencijados y oxidados, montones de basura ardiendo en las aceras, niños churretosos corriendo medio desnudos, hombres con escopetas y armas semi-automáticas en las puertas de los comercios,... Las “*maras*” o grupos mafiosos tienen en la capital una gran presencia, aunque a ninguno nos dio por bajar del coche y comprobarlo.

Entre el viaje, el cambio de aires, la visión de los barrios más pobres y la cantidad de espeso humo negro que estábamos respirando en el típico atasco de la tarde en San Salvador hicieron que Teresa se marease un poco.

Es increíble el poder curativo que tiene ver a tres hombres armados (aunque parecieran policías) mirándote seriamente sin levantar el dedo de el gatillo. Teresa se recuperó enseguida y todos decidimos que cuanto antes nos marcháramos de la ciudad, mejor nos encontraríamos.



Diario



VIERNES, 27 DE JULIO DE 2007

Ayer llegamos a San Salvador sobre las 7 de la tarde, momento en el que ya era de noche. El camino fue tranquilo, pero ya se nos notaba cansados. Hicimos escala en Guatemala cerca de una hora, en la que constatamos que los precios varían muy poco entre aeropuertos.

Cuando llegamos, después de pasar la aduana sin sobresaltos (los semáforos estaban apagados), nos encontramos con Arancha y Marta, la alcaldesa de Jerusalén, hacia donde nos dirigimos. En el aeropuerto hay semáforos en la aduana y, cuando pasas, si está verde puedes seguir y si se pone rojo te revisan el equipaje.

Cincuenta y nueve kilómetros y varias horas más tarde, llegamos a Jerusalén, habiendo dejado atrás San Salvador. Los suburbios por donde pasamos estaban llenos de actividad, había muchos hombres armados, y otros tantos sólo mirando, sin hacer nada “aparentemente”. Según nos dijo Marta había bastantes maras en la zona. Cenamos en uno de esos centros comerciales que tanto contrastan con los barrios en los que están situados.

Jerusalén es un pueblo pequeño, apenas siete calles con una plaza en el medio, rodeado por una exuberante sierra coronada por un par de volcanes inactivos.

Dormimos como pudimos entre el calor (el efecto fue tremendo al salir del aeropuerto) y nos despertamos razonablemente temprano (7 ú 8 de la mañana) para lo que teníamos previsto.

Pasamos la mañana con “Niña” Elvira, que nos dio mucha información sobre la zona, las plantas, las costumbres, etc., y aguantó estupendamente el tercer grado al que la sometimos, tal era el aluvión de preguntas que le formulamos.

Más tarde dimos un paseo por el pueblo, maravillándonos ante el espectacular paisaje que veíamos. Todo absolutamente verde, con unos árboles enormes (sobre todo un “sorra” gigantesco cuya copa ocupa toda la plaza) y una gente muy agradable. Por cierto, algunos animales se contagian de la “grandeza” de los árboles, como en el caso del gusano o del ciempiés. Si mi cámara no captara las cosas de una forma tan surrealista, podría acompañar estas notas con pruebas. Aunque no lo deseo, sé que algún día me encontraré con el auténtico “spiderman”, también a tamaño real.

Más tarde, después de preparar un poco los ingredientes de la comida, dimos un paseo hasta el río con Elvira, su hija Marcela y su hija Adriana, muy simpáticas y risueñas las dos. Tras el reconfortante baño, enfilamos hacia casa con un par de años menos.

Comimos sopa de pollo con verduras, de un sabor estupendo. De segundo había pollo, que antes había sido gallo en el corral de Marta y que murió de muerte natural (ya que lo natural es que el pollo acabe en una cazuela).

Debo aclarar un malentendido sobre el pollo-gallo. Aquí debe amanecer a todas horas, ya que los gallos cantan en cuanto tienen ocasión. Como nos hizo pasar “una noche en la ópera”, nuestra cara reflejaba cierta satisfacción cuando lo vimos colgando de un árbol. Luego nos enteramos de que el difunto no había sido el responsable, pero pensamos que daría ejemplo a los demás de cómo nos las gastábamos. Ejemplo que hasta la fecha no ha surtido ningún efecto.

Después les enseñamos cómo funcionaba eso de la siesta, y lo quisimos dejar tan claro que dormimos hasta muy entrada la tarde, cuando volvieron Arancha y Marta. Hablamos con Marta de la guerra y de su extenso e interesante papel en ella, mientras esperábamos la cena.

Comimos las famosas “pupusas” con tomate y hortalizas, que son mano de santo. Mis esperanzas de perder peso aquí se van esfumando, ya no sé a qué país viajar para que no me guste la comida.

Hablamos un poco de educación y de métodos de lecto-escritura, una conversación en la que, debido a mis conocimientos, permanecí atento y callado.

Luego, todos se fueron a dormir y yo me quedé con la intención de leer pero mi vocación de escritor frustrado ha ganado la partida. Como me visita una araña cada dos minutos y me mira con ojos golosones, creo que ha llegado la hora de bañarme en antimosquitos “Relec” y dormir.

SÁBADO, 28 DE JULIO DE 2007

Nos despertamos prontito, como viene siendo habitual, con la llamada a la oración del muecín (que en este país tiene mucha “pluma”) pero descansados. Parece que nuestro gallo no ha

aprendido la lección pero empieza a ser más comedido, teniendo en cuenta lo que puede ocurrirle.

Después de mi opíparo desayuno con tortitas, plátano cocido, crema de queso, cereales, etc., empezaba a vislumbrar que iba a ser un día más duro que el anterior. En realidad tampoco fue así, pero empiezo a sentirme un poco como Hansel y Gretel, con la mosca detrás de la oreja, preguntándome por qué nos cuidan tanto. De momento me pondré en el mejor de los casos porque esta gente es muy simpática y amable.

Para hoy teníamos planeada una dura visita a una región escarpada y llena de vegetación en la que íbamos a hacer un estudio sobre las preocupaciones de la gente y la forma de organizar su tiempo. Por eso fuimos a un lugar llamado “Amapulapa”, una especie de parque acuático natural con cascadas y lagunas en las que nadabas junto a peces, rodeado por una exuberante vegetación. Allí nos encontramos con el Padre Antonio, un amigo de Arancha y Marta que ofició durante un tiempo en Jerusalén.

Después de un paseo, un buen baño, un masaje en las cascaditas y unos cuantos mordisquitos cariñosos de los peces, estábamos preparados para ir a comer. No nos convencieron ni el mango con chili en forma de flor ni la mazorca de maíz asada con caramelo y chocolate. Compramos una bolsa de “enredo de yuca” y nos encaminamos hacia los merenderos. Como mi experiencia en viajes me ha enseñado a desconfiar de atractivas mujeres que te invitan a pasar (a comer, claro) a un establecimiento, pasamos de largo. Un lector avezado podría adivinar perfectamente donde acabamos parando a comer. ¡Sí!, en el “Pollo Campero”.

Más tarde, y para hacer la digestión, un hecho poco común: el Padre Antonio nos llevó al Infierno. O al “Infiernito”,

como se llama al terreno donde al parecer Arancha quiere empezar a construirse un chalet. Dudo que la Iglesia consiga que seamos buenos si nos amenaza con pasar la eternidad en ese lugar: roca caliente, aguas sulfurosas, fumarolas gigantes y un olor a profesor de Química, hacían del terreno un lugar encantador. La próxima vez que un cura me hable del Infierno me verá obligado a decirle que lo siento, que ya me ha llevado antes otro. ¡Y más suerte con otros clientes la próxima vez!

Ya de vuelta decidimos poner al día nuestra preparación del curso. Debo decir que mientras escribo estas líneas lo único que realmente tengo mejor preparado es un plan de huida del curso, en el que fingiré sufrir una exótica enfermedad europea y, aprovechando su turbación, huir rápidamente a la montaña un par de días. Pasado ese tiempo posiblemente habré cambiado una ficticia enfermedad europea por varias enfermedades autóctonas reales. Aun así, le veo muchas posibilidades al plan.

Por cierto, recibí varios elogios por mi preparación del curso y volví a poner cara de póker. No debe ser tan difícil aceptar cumplidos con un mínimo de decencia, pero parece que ese no será nunca mi punto fuerte.

Después de una cena ligera y una acalorada discusión sobre guerras, capitalismo, Castro, Irak, sistemas de gobierno que nos engañan y otras “trivialidades”, decidimos que para arreglar el mundo lo mejor era dejar de pensar en ello e irnos a dormir.

DOMINGO, 29 DE JULIO DE 2007

De nuevo, un colega ha venido a darme un toque por la mañana. Creo que le voy a poner un nombre, ya que si antes no me con-

denan por pollicidio, puede que acabemos siendo grandes amigos. Empiezo a entender por qué hay tantos “Pollo Campero”, y por qué la gente disfruta tanto comiendo allí y no pierde ocasión de hacerles una visita.

Esta mañana nos tocaba ir a un cantón en la loma de una montaña a visitar a dos de los becados por el proyecto. Se llaman Henry Vladimir y José Rigoberto. Me encuentro tan a gusto en este país de nombres compuestos que me entran ganas de revelar el mío. No lo haré.

Como persona cabal no se me ocurre ningún comentario gracioso que hacer sobre esta visita al cantón. Por eso, he decidido adaptar alguno de nuestros chistes más autóctonos al humor salvadoreño, ahí va:

—“¿Por qué los de San Vicente plantan cebollas en los lados de la carretera?”

—¡Porque les han dicho que mejoran la circulación!— Ja, ja, ja, ja.”

Al volver, y para reafirmar un poco mi fama de pintor de gusanos, decidí retratar como Dios lo trajo al mundo a uno de los más bonitos que he visto en mi vida. Debió ser mi madre la que me dio un sabio consejo años atrás. “*Desconfía siempre de los gusanos y de las mujeres guapas*”. Éste era verde, con aspecto de cactus con pinchos, con un par de antenas rojas (en la parte trasera, por cierto) y cara de buena persona. Aun así, lo cogí con una bolsa de plástico para que no me pinchara, pero dio igual, ya que la atravesó y me dejó la mano como un “frigodedo”. Me pusieron crema y a la media hora se me quitó. Que te derrote un gusano es algo que no le deseo a nadie. 1–0.

Por la tarde decidimos dar una vuelta por el pueblo. Ahora entiendo como se siente el rey Juan Carlos, saludando

siempre a la gente, aunque no los conozca. Pero es una sensación agradable, y además, yo pude comprar una cerveza para bebérmela en la calle, cosa que él no puede hacer.

Pasamos a ver al molinero, que debía de ser su apellido, porque lo único que hacía era estar de pie, mirando como otra gente realizaba todo el proceso. Un empleo a tener en cuenta si me quedo en paro.

Ya de vuelta me dediqué a preparar el curso, si se le puede llamar así, porque no me lo leí entero y casi me quedo dormido. Por sorteo (a quien se le ocurre que la mano inocente sea yo, con lo poco inocente que es mi mano) me tocó a mí empezar el curso junto con Teresa. Resignado a mi suerte (o mala suerte) pero firme en mi decisión de no esforzarme nunca más de la cuenta, di por concluido mi repaso.

Como me sentía vago (me refiero a “especialmente vago”) decidí irme a descansar y dejar para el día siguiente lo que podía haber hecho hoy.

LUNES, 30 DE JULIO DE 2007

Como empieza a ser ya habitual en mis viajes y momentos importantes, me desperté con ese dolor de espalda que me deja como al padre de Torrente. Aunque también hubo un hecho insólito: por primera vez en mi vida me he despertado pensando en pollo asado. Debo recordar apuntarme a la vuelta al “Club de fans de Freud” ya que los sueños tienen mucho que decirnos.

Antes del curso, fuimos a visitar la escuela del pueblo y el instituto. La verdad es que el estado de descuido del colegio nos defraudó bastante. No es que sea su culpa, pero para estar en Jerusalén, está bastante dejado de la mano de Dios (después

de escribirlo, me arrepiento y espero que este chiste fácil no me cause problemas).

¡¿Qué es esto?! ¡Que son las doce menos cuarto! ¡Al gallo del patio le ha dado por llamar a sus colegas con el “manos libres” y ponerse a cantar! Esperemos que se le agote pronto el saldo...

Como iba diciendo, creo que había cierta relación entre la velocidad de la voz y la velocidad de reacción de cada director. El del colegio hablaba muy despacio y el del instituto hablaba muy rápido. Luis Moyá debe ser la excepción que confirma la regla. Hicimos también una visita relámpago a la guardería y nos fuimos a casa a preparar el curso. En mi caso gasté todo el tiempo en afeitarme con un espejo pequeño de propaganda de Dan-Up. Para el Guinness.

Fue ahí donde me percaté de que no haber ido al “trono” desde que llegué iba a ser un problema, y no una prueba de resistencia como yo pensaba. De momento llevo 7 visitas y no descarto más para mañana.

Lo que más lamento, es que ha echado por tierra mi “PERFECTAMENTE TRAZADO PLAN DE HUIDA DEL CURSO”, al que tantos esfuerzos dediqué. Las compañeras a punto estuvieron de darme de baja por lo mucho que tardé en llegar al cursillo.

Así que di el curso. Espero tener la oportunidad en el futuro de pagar para no recibir un curso tan aburrido como el que he dado hoy. Incomprensiblemente, las críticas y la evaluación han sido bastante buenas, sin insultos ni nada de eso aunque me han llamado “cipote” que aquí tiene un significado muy diferente al de allí. Mientras, Raquel, Arancha y Marta fueron a San Salvador a comprar pinturas para darle una mano a la guardería. Se ha decidido sólo con un voto en contra que sea

yo el que haga los dibujos de la guardería. Me huelo una encestada, creo que me van hacer directamente responsable.

Como estoy comiendo como lo que soy, voy a poner en práctica una novedosa dieta, consistente en sauna en el curso (hace mucho calor) y cenas ligeras a base de Fortasec y Coca-Cola. Mañana comprobaré los resultados.

MARTES, 31 DE JULIO DE 2007

Hoy me ha costado conciliar el sueño. Ayer, al irme a la cama, viví una de las experiencias más surrealistas de mi vida. Mientras entraba en la habitación con toda la tranquilidad del mundo, ya que a esas horas no hay ni un sonido (si exceptuamos el del gallo), ocurrió.

Mi silueta se recortaba en la puerta. De repente, oí un crujido y un grito a voz en cuello: “¡Hey! ¡hey, hey, hey!”. Sólo rato después me di cuenta de que Teresa (quizás en sueños) pensaba que era un desconocido. En el momento me quedé petrificado. No supe si salir corriendo, ponerme a llorar o qué hacer. Sólo recuerdo que me oí decir a Teresa: “Tranquila, soy yo”. No sé si porque es una especialista del lenguaje, pero fueron las cuatro palabras iguales con más significado que he oído en mi vida. A todo esto, el tercer elemento de la ecuación, Raquel, dormía como un tronco. Me acerqué de puntillas a mi cama, me encogí, y decidí quedarme quieto hasta que se me pasara un poco la impresión. Media hora más tarde seguía en posición fetal y con los ojos como platos. Eso sí, desde entonces duermo muy seguro, consciente de que cualquiera se lo pensará dos veces antes de entrar.

Después de recordárselo al día siguiente (quien me conozca sabrá que es inevitable) y de coincidir en la rareza de

la situación (que yo estuviera más asustado que ella) fuimos a la guardería mientras Arancha y Raquel daban su parte del curso. El edificio estaba en un estado poco apropiado para su cometido así que empezamos por rascar y limpiar las paredes para volverlas a pintar. Fue un trabajo duro y debía ser un espectáculo verme sudar. Es más, creo que ¡hasta la bruja de Blancanieves podría haberse mirado en mi espalda de lo brillante que la tenía!.

Sí, efectivamente me quité la camiseta sin ningún pudor. Veo que la gente duda si soy de aquí o no, pero cuando me despojo y dejo ver mi barriga de niño somalí, creo que apostarían un brazo a que soy de alguno de los cantones.

Después de la “no comida” me sentí un poco mal así que como reza el proverbio español: “para el dolor de tripa, siesta”. En ello estaba cuando recibí una llamada de España. Eran mis “seres queridos” que no perdieron ocasión de recordarme que como buen atlético, fui, soy y seré toda la vida un “pupas”.

Tengo la impresión de que la llamada se cortó oportunamente cuando ya me estaba despidiendo. Al levantarme fui con Teresa y Marcela a la caza de semillas para llevarme a España y, como soy un poco torpe, acabé agenciándome algunas de las que con tanto esfuerzo habían recogido mientras yo dormía.

Más tarde, hubo una invasión de niños de la zona, que se subieron a los árboles a recoger frutos, aunque sólo Teresa recogió el testigo y se subió al naranjo. Como somos perros viejos en estas lides, sacamos papel y lápiz y paliamos un poco sus energías. Jugando con ellos al “sogatira”. Constaté 2 cosas (porque perdí): que los niños podían perfectamente con 80 kg y que en este “cuerpazo” sólo había grasa, nada de músculo.

Después de una “no cena” sin incidentes, decidí irme a la cama.

Me levanté bien temprano para ir a dar el curso. Aunque no había repasado me sentía bastante confiado, al menos más que la primera vez. Pero claro, aunque ellos me aseguran que no es así, ya se había corrido la voz y tuve la mitad de asistentes que la vez anterior. Oficialmente se achaca a que las 7 de la mañana era muy temprano y más en periodo de vacaciones, que acaban de comenzar.

Cuando acabé de “torturarles” fuimos a hacer unos birretes con hojas de cuaderno y banderitas de España y de El Salvador para darles al final del curso. Una mente despierta reconocería a quién se le pudo ocurrir una idea tan cutre, aunque ciertamente nuestro material era muy limitado. Luego fuimos a la guardería, donde habían comenzado a pintar las mamás y un papá de los futuros usufructuarios. Como había una cierta escasez de pintura y no teníamos ni idea de que había que hacer, hicimos lo que cualquier empresario o arquitecto cabal en estas situaciones: dar el día libre a todo el mundo.

A la vuelta nos despedimos y agradecemos su presencia a los asistentes y recibimos lo mismo de ellos. Ojo por ojo. En general, estuvieron contentos con el curso y nosotros más por haberlo terminado. Diente por diente. Comí algo para celebrarlo porque en Centroamérica no podía dejar de probar el arroz con pollo. Siguiendo la lógica de que si en mi cuerpo entra líquido, sale líquido, decidí aventurarme con algo sólido, a ver qué pasaba. De momento no veo resultados positivos que demuestren mi teoría. Quizás esa falta de resultados es lo que me ha hecho volver al suero.

Pasamos la tarde pintando el exterior de la guardería, imitando un paisaje de verdes lomas y cielo azul. Por cierto, para

el que diga lo contrario, aun me queda algo de autoestima y no chillé como un lactante mientras me abrasaba las manos lavándomelas con disolvente.

Volvimos muy cansados y logré mantener entretenidos a los niños mientras las chicas hacían cena española para celebrar el “fin de curso”. Consistió en tortilla española, tomates abiertos y lomo ibérico, o como aquí lo llaman con una mueca a caballo entre el asombro y la desaprobación: “carne cruda”. Normalmente me enfadaría por tamaña falta de gusto, pero teniendo en cuenta que era de mi pueblo (muy cerca de Jabugo) me limité a comérmelo con cara de gran satisfacción.

Conocí a Ángel, el hermano de Marta, un hombre culto y simpático con el que empecé una amena charla sobre teología. Descubrí mis cartas. Entre risas acordamos que aunque fuera ateo, no iré al Infierno sino que Dios me llevará a su lado sólo para demostrarme que estoy equivocado. Rápido y fácil pasaje para el Paraíso en el caso de que exista...

JUEVES, 2 DE AGOSTO DE 2007

Ayer por la noche mientras escribía la crónica del día (más bien “crónicas marcianas” porque mi sentido del humor ha sido comparado con el de Eugenio, que en paz descansa, o el de Barragán, sobre todo por el aspecto) escuché unos gruñidos, lamentos, gritos, chasquidos y sonidos guturales. Comprobé más tarde que todos ellos pertenecían a un único ser, el borrachín del pueblo. Si para mí ya es difícil entender a alguien con un par de copas, sería para el record Guinness entender a un salvadoreño local completamente ebrio. De todo esto me enteré hoy pues anoche ya estaba pensando en algún animal autóctono enorme, con cuernos y garras... Aunque fue una desilusión,

seguro que ahora no me olvido de que tengo que llevar una o dos botellas de licor casero de aquí.

Por la mañana, mientras Teresa y yo íbamos a la guardería a pintar las rejas de las ventanas de colores (el efecto es muy bueno, deberían hacerlo en todas las prisiones) las chicas fueron con Ángel a San Salvador a comprar material fungible (una de las palabras que me aprendí para el curso): papel, pinturas, etc. En definitiva, material que se gasta.

Nosotros salimos un poco más tarde, dejando un buen trabajo por delante a las profesoras. Allí quedamos para comprar las fotocopadoras que nos habían pedido en los cantones. Hice el papel de hombre de negocios (vista fija en el vendedor, brazos cruzados y silencio sepulcral) mientras Ángel les iba ablandando con su conversación y de paso consiguiéndoles una rebaja de 50 \$ en cada fotocopadora. Pero mi papelón quedó en nada cuando entró Arancha y le contó la historia de cómo consiguió que le abrieran una cuenta sin tener tarjeta de residente. Digamos que no fue el mejor día del vendedor. En teoría trataba de ser una historia divertida y aunque el vendedor se rió bastante pude notar su frente perlada de sudor cuando nos aseguró que no tendríamos ningún problema. Por si acaso, le recordé en tono de chanza (pero serio) que Arancha volvería la semana próxima por la tienda, cosa del todo cierta.

Fuimos más tarde a “Juguetón”, unos grandes almacenes donde compramos una casita y un centro de motricidad con toboganes. Lo cargamos en el pick-up pensando que ocupaba bastante y que no podríamos cargar mucho más. Ingenuos de nosotros.

Antes de proseguir con las compras, comimos en un lugar de El Escalón (el barrio rico de San Salvador) llamado el “Sopón Típico”, aunque Marta fue la única que pidió sopa y la

defraudó tanto que se pidió otra cosa. Casualmente televisaban el partido Atlético de Madrid–Ajax de Amsterdam, que “casualmente” perdió mi equipo por 0-2. Como buen atlético intenté sacar algo bueno de la derrota. Mi padre llamó (se esperó hasta la una de la mañana de allí) para darme la noticia, que yo ya conocía, así que anulé el impacto que pretendía causarme.

Nos volvimos a separar y mientras el otro grupo iba a cargar todo el papel y el material en el coche, nosotros fuimos a los almacenes “La Morena” donde compramos infinitud de juguetes y juegos a precio de saldo, con 10 vendedoras ocupándose continuamente de nosotros.

En cuanto pagamos, cerraron la tienda. Nunca sabré si fue porque era la hora o porque hicieron el agosto con nosotros (y eso que estamos a día 2). Una vez fuera volvimos a la realidad: 6 bolsas como patatas de legionario más otra con 50 pelotas. Las atamos al coche durante media hora y nuestra imagen al salir era la de la familia de 8 miembros que se va un mes a la playa. Aún así no desentonábamos nada con los demás coches que había en la carretera.

Comimos en una “pupusería” en San Rafael. No es que estuviera mejor del estómago pero si no comía algo sólido iba a quedarme como un coco (seco y peludo por fuera y vacío y líquido por dentro) ya que llevaba unos 2 días sin comer.

Al llegar, desatamos las cuerdas y me pareció oír el suspiro de placer del coche, como si lo hubiésemos liberado de las ataduras que lo mantenían preso. Creo que por hoy todos hemos tenido suficien...zzzzzzzz...zzzz...

Hace un tiempo que no me quejo del gallo. Esto no significa que ya no cante, simplemente voy haciendo discriminación auditiva. Creo que sueño con gallos cantando toda la noche y ya no distingo los de los sueños de los de la realidad. En teoría, porque la verdad es que montan unos espectáculos que despertarían a un muerto. Recuerdo que, históricamente, en algunas culturas se consideraba un manjar un plato de lenguas de gallo y me parecía una barbaridad. Ahora comprendo por qué para algunas personas puede ser, metafóricamente, el plato más deseable del mundo (aunque opino que se debería aprovechar el resto de la carne). Todavía no me encuentro entre esas personas pero no descarto la idea de abrir un restaurante especializado.

Hoy fuimos todos a la guardería con la intención de dejar bastante finiquitado, si no terminado, el trabajo. En realidad quedaba bastante por hacer. Todavía me acuerdo del día que empecé a hacer dibujitos en el cuaderno a modo de hobby para pasar el rato (y porque tardo menos y el resultado es más parecido que haciendo una foto con mi horrible cámara) y, más que nada, para tener un recuerdo. Pues bien, esos dibujillos de aficionado (que por cierto tengo aparcados porque no hay tiempo) me han convertido en el dibujante oficial de Jerusalén. No importa las veces que diga que dibujo fatal, lo mismo da. Me imagino de cabeza de turco, y que cuando alguien pregunte, varios dedos apunten hacia mí. Pero no aceptaré ningún tipo de responsabilidad y a no ser que me vayan a conceder algún tipo de premio al arte abstracto o al mal gusto (que un premio es un premio) no reconoceré mi autoría.

Ya tenía hechos algunos bocetos: un sol, un árbol, una casa-seta, una flor, una mariposa, etc. (que se encuentran en

este mismo cuaderno y se adquieren por el mismo precio) y los fui plasmando con más, y sobre todo con menos, acierto en los muros. Todos ellos tienen caras graciosas y son divertidas para los niños, aunque mantendré el secreto de sumario sobre si mi intención era plasmar la realidad.

Hicimos un parón para ir a comer y como aún nos sobraban 20 minutos antes de volver al trabajo, decidimos echar una pequeña cabezada para descansar. Se nota que empezamos a coger el ritmo salvadoreño porque nos despertamos casi una hora más tarde y con la consiguiente cara de vergüenza, nos encaminamos a la guardería.

Bueno, se nota que estoy escribiendo bastante porque el anterior boli ha perecido. Siempre que decido escribir me pasa lo mismo, por eso (y por algunas cosas más) nunca cogí apuntes durante mis estudios. Si hay algún menor leyendo el diario, le recomiendo encarecidamente tomar apuntes de todas las asignaturas.

Como había mucho “cachondeo” y todos empezaban a llamarme “pintor” o “dibujante” decidí dejar el lápiz y echar una mano con la brocha gorda, porque tenía menos presión y me iban a pagar lo mismo.

Terminamos y a la vuelta nos pusimos a dividir el material que traíamos para las escuelas, aunque ahorraré los “emocionantes” detalles a mis posibles aunque improbables lectores.

Ha llegado Marlin, la hija de Marta, de Estados Unidos. Cada vez aumenta más esta curiosa familia de la que somos parte y parece que la novela se anima y se hace más interesante por momentos.

Está claro que el curso que hice sobre discriminación auditiva me resulta muy útil. Tanto es así que ya (al menos por las mañanas), no escucho al gallo. Me parece increíble que un tema tan simple como el gallo me pueda dar para comenzar el diario todos los días; al menos eso me he propuesto.

Mañana vamos a salir hacia la zona de Perquín, una de las plazas fuertes de la insurgencia. Hay un museo y varias zonas que visitar. Eso sí, nos despertaremos a las 5:30 de la mañana y aprovecharé para comprobar si el gallo, aparte de cantar cuando le apetece, se gana el maíz con el sudor de su cresta. Por cierto, hablando de la insurgencia, hablé con Marta y me dijo que sí que era posible comprar allí una camiseta o banderita del FMLN.

Se lo iré recordando, porque teniendo en cuenta la cantidad de cosas que tiene en la cabeza, a lo mejor mañana no se acuerda ni de quién soy y me echa a escobazos de su casa. Un dato curioso es que el FMLN es el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y si aquí impera el mismo sistema de siglas que en Europa a mí me falta una F. Indagaré más sobre el tema aunque seguro que encuentro un error garrafal en mi planteamiento, como casi siempre.

Arancha y Raquel salieron a hacer compras a San Salvador. Arancha es la única que puede sacar dinero y Raquel está más que harta de la pintura, algo muy normal a estas alturas. Teresa y yo enfilamos hacia la guardería dispuestos a finiquitarlo todo ya que tenemos muchas más cosas que hacer y hoy debía ser nuestro último día de trabajo allí.

Al llegar encontramos que el candado estaba echado por dentro. Tras varios intentos, Teresa saltó la valla (parece

mentira que nunca parta de mí la iniciativa para hacer esas cosas) y abrió por dentro. Un aplauso para el chico joven. Una vez allí, otro contratiempo: las llaves entraban en las puertas de las clases, pero no giraban. Estuvimos 15 minutos usando la fuerza bruta, tan esencial a veces, pero no hubo manera. Teresa fue a buscar ayuda a la casa mientras yo hacía unos modelos de estrellas en cartón para pintar la pared de atrás.

En el interín, como la puerta estaba abierta, presencié una feroz pelea de perros. Lejos de inmutarme o darles una charla sobre las ventajas del diálogo, me quedé plantado como si nada. El relax salvadoreño va haciendo mella en mí. Aquí los perros están tan escuálidos y tan llenos de pulgas que tienes más miedo a que te peguen algo que a que te muerdan. Y yo estoy vacunado. Aunque tienen dientes, de ellos no sacas carne ni para hacerte un perrito caliente.

Resulta que las llaves de las otras clases estaban encima de la nevera de la cocina de la escuela (si se la puede llamar así), que es un elemento de adorno ya que no hay ni electricidad ni agua, pero como comprobamos era un sitio perfecto para guardar cosas.

Al entrar en las clases, nos dimos cuenta de que nos faltaba pintura y, prometo que inconscientemente, deduje que lo lógico era que fuese Teresa también. No te das cuenta de tu infamia hasta que tienes que escribir sobre ti mismo. Alabo su paciencia aunque no creo que le queden ya más mejillas que poner y seguro que ha pedido ya el cambio de compañero. Está en todo su derecho.

A todo esto llegó More (el archiconocido, aunque no el único, borracho del pueblo) con su amplio repertorio de sonidos y decidió que era un buen lugar para vegetar y dormir la

mona. Fue un alivio que este conocido personaje del diario eligiera el exterior de la guardería para hacerlo.

Empecé a dibujar la luna y las estrellas, tan parecidas a las del juego Super Mario Bros, que temo alguna acción legal por parte de la compañía Nintendo, por otra parte mis antiguos jefes. Pintamos toda la mañana y acabamos tan quemados, tanto figurada como literalmente, que esta noche hemos tenido que darnos mucha crema antes de acostarnos.

Nos fuimos a comer dejando a las profesoras el trabajo casi terminado. He de decir que hemos recibido mucha ayuda de su parte, aunque han venido menos de los que nos dijeron en un principio. Comimos con unas cervecitas y nos echamos una merecida siesta, que en mi caso fue de casi 2 horas. Tengo que empezar a ponerme el despertador porque ya pasa de ser una anécdota a una falta de respeto y de dedicación. Les he dicho a las chicas que si es necesario me despierten a patadas y, aunque todavía no se atreven, intuyo que cada vez tienen más ganas.

Cuando llegué allí, habían montado ya la casita y estaban empezando con el centro de psicomotricidad. Me puse a fregar mesas y a ordenar un poco los rincones de la clase. A las 18 horas, habíamos acabado y dimos por finalizado nuestro contrato por obra y servicio.

Llovía a cántaros, tanto que no fuimos a la Feria Consuma (vaya nombrecito, deja claro que tiene poco de cultural) como teníamos previsto. Encontramos a More boca arriba en la misma posición de horas antes, rebosando agua por la boca. Ante tal imagen (aquí el alcoholismo es un problemón, mucho más que en otros sitios) lo montamos en el pick-up y lo llevamos a su casa (al lado de la nuestra, de ahí que se le oyera tan bien por las noches) donde lo mudamos de ropa y acostamos

en un estado de semi-inconsciencia. Nos pareció increíble que el hombre nos pidiera agua después de la que le había caído. Y eso es todo por hoy.

DOMINGO, 5 DE AGOSTO DE 2007

Estaba muy confiado. Se había paseado gallardamente, henchidos sus pulmones de aire fresco de la mañana, aclaró la garganta y abrió el pico para emitir su horrísono graznido. Cuál sería su sorpresa al vernos salir un segundo después por la puerta. Podría apostar a que toda su vida pasó con la celeridad de un rayo por su mente. La salida del cascarón, la infancia (posiblemente traumática con otros polluelos), su primera conquista, su primer polluelo... y, finalmente, el momento de la verdad: cuando cuatro personas con ojeras, andar decidido y mirada furibunda por la falta de sueño se dirigían hacia él inexorablemente. También puedo imaginar su alivio cuando vio que pasábamos de largo, nos montábamos en el coche y desaparecíamos por la puerta. Espero que esta vez le dure un poco más el susto. Por cierto, efectivamente canta también a las 5:30 así que sólo tengo que descubrir por qué canta a otras horas.

Nos encaminamos hacia Perquín, en el Departamento de Morazán, cuna de la insurgencia y una de las principales bases de la guerrilla. Por el camino, desayunamos en el “*Pollo Campestre*”, cadena salvadoreña anterior al “*Pollo Campero*” (aunque más pequeña) con similares ofertas e idéntico desprecio por la vida de los pollos. Ni que decir tiene que ahora que llevo unos días en el país, apoyo totalmente su política.

Llegamos unas 3 horas más tarde y nos encontramos con un enclave muy turístico. No deja de ser paradójico que en

un lugar así gobierne Arena, el partido de extrema derecha (el FMLN es la extrema izquierda).

Entramos en el museo por unos 60 céntimos y en él encontramos gran cantidad de fotografías: de pobreza (una de las causas de la insurgencia armada), manifestaciones, milicianos, dirigentes (por fin puse cara a Farabundo Martí) y carteles del movimiento salvadoreño procedentes de diferentes países.

También vimos enseres e instrumentos de los revolucionarios, armas (M-16, M-60, ametralladoras, morteros, lanzacohetes...), amasijos de metal pertenecientes a un helicóptero, cañones antiaéreos, coches blindados, un ala entera con radios, transistores e información sobre Radio Venceremos (la emisora de la guerrilla) y un socavón enorme junto con la carcasa de una bomba de 500 libras que cayó en la zona.

Luego ascendimos hasta un cerro cercano desde el que se divisaba una de las mejores panorámicas que hemos visto. A lo lejos, una corona de montañas rodeaba el cerro, desde el que se podía otear lo que pasaba a muchos kilómetros de distancia. No hace falta ser un genio militar para comprender la importancia estratégica del lugar. Daban incluso ganas de hacer algo malo y subir al cerro, a ver quien tenía el valor de ir a sacarte. Por si acaso, el lugar estaba atrincherado y había varios “*tatús*” o refugios excavados en la tierra.

A su favor he de decir que el museo es independiente de partidos políticos. Si no fuera así, haría tiempo que Arena lo hubiese arrasado, habría construido un balneario y habría dicho que Perquín era famoso por sus aguas termales. Menos mal.

Para demostrar nuestro espíritu revolucionario, decidimos gastar “*pisto*” (dinero) en la causa y compramos CDs de canciones, libros, DVDs y vino hecho a base de Flor de Jamaica (que tiene poco que ver con el lugar, pero aprovechamos ya que

no sabíamos cuantas opciones tendríamos para comprar algo así).

Teresa compró por 40 \$ una hamaca que en un principio valía 75 \$. La técnica para conseguir esta sustancial rebaja fue atraer al vendedor, montar en el coche y hacerle seguirnos un trecho cargado con la hamaca. Una vez cansado, perdió capacidad de regateo y la conseguimos por 40 \$. Por ese precio me compré yo otra (con dinero prestado) y oímos al vendedor alejarse farfullando que así no ganaba para comer. Mentira. Mi experiencia me dice que sólo cuando el vendedor se va sin venderte nada y con cara de pocos amigos, significa que has llegado al precio justo. Si además te insulta o intenta agredirte, es que te has pasado al bajar el precio.

Luego fuimos a “El Mozote”, donde tuvo lugar una de las muchas masacres de la guerra. Se calcula que mataron a cerca de 1.000 personas, violaron a las mujeres y se divirtieron ensartando a 140 niños (de meses algunos) con las bayonetas. Fue una matanza para minar la moral de los habitantes de la zona. La operación se llamó “*Sacarle el agua al pez*”. Eran inocentes (familias no combatientes) y les engañaron diciendo que la Cruz Roja iba a repartir alimentos en la zona. Ni puta gracia la broma. Y este caso se descubrió porque hubo una superviviente (fallecida hace 5 meses), de no ser así hubiera pasado al olvido. Ante este tipo de atrocidades a uno le gustaría pertenecer a otra clase de animal, menos inteligente, pero al menos incapaz de hacer tamañas barbaridades.

A la vuelta, con el estómago todavía revuelto (en mi caso el doble de revuelto), repetimos en el “*Pollo Campestre*”, dejando un mensaje clarísimo a nuestro colega alado.

No sé si empieza a ser obsesión mía –y posiblemente lo sea, ya que dedico un par de párrafos por día a hablar de un gallo– y quizás me encierren a la vuelta, pero creo que aparte de las 6:30 y las 18:30, horas en las que invariablemente canta, noto cierta malicia en este gallo de corral. Parece ser que cuando ve que entramos en las habitaciones y no salimos (de día y de noche) siente el impulso de aclararse la garganta. Ya digo que es sólo una intuición, pero aprovechando la gran religiosidad del país, quizás me pueda deshacer de él tachándolo de adorador del Sol (y por tanto idólatra y profano) ante la Iglesia.

He reflexionado sobre esta última idea y creo que debo reconsiderarla. En parte porque teniendo en cuenta mis propias ideas, él puede acusarme a mí de lo mismo y posiblemente acabemos compartiendo celda u olla, por lo que he decidido buscar otra línea de acción.

La actividad de la mañana podría pasar por las andanzas de una banda de forajidos. En realidad hoy toca visitar a las familias de los becados. Si no lo hiciéramos todo con una gran sonrisa y claramente con buenas intenciones y apoyándoles en todo momento, es la impresión que daría.

Primero entramos muy adentro en cada casa hasta que nos cruzamos con alguien (allanamiento). Después, nos presentamos y le hacemos al becado varias preguntas sobre el curso, su vida, sus expectativas, sus compañeros... y otro tanto a los padres (interrogatorio). Más tarde les recordamos que deben entregar la carta para sus padrinos porque nos vamos muy pronto (exigencia). Acto seguido llega un extraño silencio que nadie sabe cómo romper (posiblemente tampoco yo sabría de qué hablar con unos desconocidos que irrumpen en mi

casa), les animamos e insistimos en la importancia de acabar los estudios y tras esto, ellos nos agradecen la ayuda a nosotros y a los padrinos. Aunque siempre recordamos que venimos como representantes del Proyecto y de sus padrinos, sienta muy bien que nos reconozcan el esfuerzo.

Bueno, en verdad no nos podemos quejar porque “estrictamente” no estamos trabajando, ya que no tenemos ningún tipo de relación laboral con la empresa. En realidad, menos Raquel, que es voluntaria, oficialmente estamos de vacaciones, en una hamaca, con las gafas de sol y una piña colada viendo la puesta de sol en el horizonte. No trabajamos demasiado, pero tampoco hay que hacer caso a los que digan que hemos venido aquí a tocarnos la barriga. Este diario secreto, ya que de momento sólo lo leo yo, y posiblemente no tenga una mayor difusión (iba a poner familiares y amigos, pero creo que ni siquiera ellos lo harán, y menos voluntariamente) tratará de revelar la auténtica verdad y presentar los hechos tal y como ocurrieron. Así al menos me acordaré del viaje siempre que quiera. ¡No haga caso de otras fuentes!

Dimos varios paseos durante toda la mañana bajo un sol abrasador, aunque en la peor cuesta (la que lleva a la colonia de Divina Misericordia) conseguimos medios de transporte. Yo achaco esa suerte a la buena relación de Teresa con “*el de arriba*”. La primera vez nos acercó Próspero en su quad, cada uno sentado en una esquina, y fue una gratísima experiencia. El nombre le viene al pelo, ya que este vecino trabajó durante 20 años en Estados Unidos y ha conseguido ahorrar bastante dinero, como para vivir aquí holgadamente el resto de sus días. Aún así es muy trabajador y agradable, siempre dispuesto a echar una mano y se está haciendo una casa... Y así fue como Próspero prosperó. La segunda vez vimos un autobús a lo lejos

y decidimos cogerlo para probar la experiencia. A la vuelta, preferimos andar. Muy cansados, nos fuimos a comer, todavía con algún becado pendiente.

Por la tarde habíamos quedado con el padre Antonio para ir a la feria, ya que era el último día y no habíamos podido ir antes por la lluvia. Así que fuimos a la alcaldía a terminar de repartir el material que llevaríamos al día siguiente a los cantones y fuimos a casa a darnos una ducha. Y eso que la ducha consiste en una pila llena y un barreño, pero pocas veces he disfrutado tanto de la ducha como lo estoy haciendo aquí.

El nombre de la feria revela un aspecto importante acerca de su objetivo: Feria Consuma. Podría pasar por un nombre indígena, pero no es así, dice exactamente lo que espera conseguir. Es una macro feria llena de sitios para comer, atracciones, discotecas, pabellones de venta de artículos y de artesanía. No vimos ni la mitad de lo grande que era. Fuimos a escuchar música, compramos artesanía (e hicimos nuestros primeros pinitos en temas de regateo), montamos en un par de atracciones y volvimos al coche, ya que sólo pagamos su seguridad hasta las 23 horas. Me temo que si hubiésemos tardado un poco más, hubiéramos vuelto a Jerusalén en autostop.

Cenamos en una gasolinera (a esas horas era lo único abierto) y nos reímos bastante con una especie de napolitana del Cretácico que pidió Raquel (estaba durísima) y de la que quedó allí por lo menos la mitad. Llegamos a Jerusalén sobre la una de la mañana y aunque veníamos tumbados en el pick-up y hacia una noche estupenda, volvimos más cabeceando que mirando las estrellas.

Estoy empezando a apuntar las horas de sueño y vigilia del gallo para ver si le puedo devolver la moneda. Como ser vivo, en algún momento tendrá que dormir, y me regocijo ante la idea de poder acercarme a hurtadillas y pegarle un buen grito a 20 cm de la cresta. Como si me hubieran leído el pensamiento ha empezado un tremendo alboroto de cacareos por todo el pueblo. Empiezo a perder la esperanza de poner en práctica el “*Plan Vendetta*”.

Hoy debíamos dotar de material a los cantones de Veracruz Abajo y Veracruz Arriba. Cargamos bastante el pick-up (tanto que tuvimos que sentarnos en las ventanillas para controlar que no se cayese nada) y empezamos la bamboleante ascensión. La ruta era complicada, dudo que incluso los de “*Al filo de lo imposible*” se apuntaran a venir. Y al parecer, los cantones de Chiltiupán son todavía más inaccesibles. Aquí al menos se puede ir en coche...

Nos pareció que el cole de Veracruz Abajo estaba muy bien cuidado y dejamos el material. Las fotocopadoras aún no habían llegado, así que fuimos a visitar a una niña que usaba silla de ruedas pero que ya no podía ir a la escuela porque se le rompieron las ruedas de delante (normal con esos caminos) y era prácticamente imposible conseguir recambios. Vive con su madre, que está lesionada y no puede andar muy bien. Son muy pobres y decidimos hacer todo lo posible por conseguirles otra silla, ya que la niña tiene muchas ganas de ir al colegio y allí nos han dicho que marchaba estupendamente.

De camino a Veracruz Arriba nos encontramos con los transportistas de las fotocopadoras (Kyocera) que habían tenido sus dificultades para llegar. Les deseamos mucha suerte,

ya que iban con una mini furgoneta y la iban a necesitar toda por esos caminos. Dejamos el material en el otro cantón, bastante menos cuidado (aunque según Arancha mucho mejor que el año anterior) y emprendimos el regreso.

Ya por la tarde, mientras Teresa iba a terminar de acondicionar la guardería, los demás fuimos a la consulta del médico de Jerusalén, cargados con las medicinas que traíamos desde España. Aunque no eran demasiadas y el doctor nos dijo que estaba bien surtido, se alegró mucho de que se las lleváramos, por lo que decidimos que era buen momento para contarle lo de mi “fauna” intestinal. Las chicas salieron por puro decoro (pensarían que era algo personal, aunque en una casa con baños abiertos el problema es más bien “colectivo”) y le conté un poco lo que me pasaba. Con mucha paciencia y amabilidad me expuso la situación y me dio 4 pastillas de 500 mg y una cápsula de vitamina A.

Me dijo que me las tomara las 4 a la vez, a lo que reaccioné pidiéndole un bis. Me lo repitió y, como suelo hacer, deposité mi confianza en los médicos sin cuestionarme nada. Nos cayó muy bien y nos pareció muy competente.

Nos reunimos con Teresa y terminamos de acondicionar la escuela. Se suponía que el Padre iba a recogernos para llevarnos a un lugar famoso por su artesanía (Ilobasco) o a cenar a la playa. Como llovió, se frustró el plan, pero conseguimos uno casi mejor: intentar que cuadrara el presupuesto que quedaba. Nos quedaba bastante dinero y poco tiempo, lo que contribuía a crear mucha tensión. Aquí se vive a otro ritmo y me temo que para cuando nos hayamos acostumbrado, tendremos que volver al estrés de Madrid.

Fue mencionar unas “tapitas de lomo” (o carne cruda) y ver la estela de Elvira y Adriana que huían despavoridas ante la

idea de someterse a esa tortura. Hay cosas que por más que viaje creo que nunca podré entender...

MIÉRCOLES, 8 DE AGOSTO DE 2007

Ante la cercanía de nuestra partida, me entristece cada vez más la idea de no volver a oír al gallo (ya que lo veo cada vez que cierro los ojos y siempre lo llevo en el pensamiento). Sé que debo padecer una especie de síndrome de Estocolmo, pero cuando pasas tanto tiempo con alguien/algo te da mucha pena la separación. Estaba desconsolado, y soy consciente de que a partir de ahora escribiré una página menos al día en mi diario. Incluso me planteé comérmelo para que formara parte de mí por siempre, pero mis problemas estomacales me lo impidieron (además, ¿con quién se iban a entretener las gallinas cuando hacían su corrillo?). Aunque no quiero hacer paralelismos, tenemos mucho en común. Dos “*galanes*” solitarios, rodeados de hembras que nos “*acosan*” (primera inexactitud en el diario)... Aunque a juzgar por los huevos que incubaba una de ellas, había una diferencia fundamental entre nosotros, que espero resolver al llegar a Madrid. Aunque si alguna lugareña tiene la extrema necesidad y necesidad de requerir mis servicios... No, creo que mi destino es esperar a la vuelta.

Pasamos por el cole para pedir un presupuesto para el refuerzo del aula de material tecnológico, ya que como entraban a robar levantando la Uralita y forzando las ventanas, el director se vio “*obligado*” a llevarse el ordenador y la fotocopidora a su casa. No, si está claro que para llegar al puesto de director hay que tener recursos...

Para romper la monotonía, Arancha y yo fuimos a comprar a San Salvador (o “*Sansal*” como le llamo cariñosamente

en recuerdo de Manuel Aguilar, la escuela de “*Sanse*”), mientras Teresa y Raquel se quedaron repartiendo el material entre el colegio y la guardería. Las dos personas de la alcaldía destinadas a odiarnos ese día eran Elías y Rubén (ya que todo el que viene a la capital con nosotros acaba harto de andar todo el día de un lado para otro), empleados que creyeron que por ser nuevos les daríamos menos caña que Marta. Craso error.

Compramos una silla de ruedas nueva, con garantía de mantenimiento por un año. Era lo único que fue sobre ruedas, ya que tardamos casi 2 horas en comprar radiocasetes y lectores de DVD. Elías fue más avisado y nos acompañó, pero dejamos a Rubén (mas joven e inexperto) cuidando del coche, en pleno centro de San Salvador, sin agua y con un sol de justicia. Para hacerse una idea es lo mas parecido que he encontrado a la idea bíblica del Infierno.

Cuando encontramos los restos de Rubén, le pedimos perdón pero decidimos ir a comprar papel y pintura antes de comer. Estoy seguro de que muy en el fondo de su corazón nos agradecieron el tener que cargar 30 resmas de papel de carta, 10 de papel de oficio y 16 cubetas de pintura de 5 galones cada una para abrir el apetito. Desgraciadamente tuvimos que dar ejemplo, y además no nos permitimos emitir ni una queja.

Como ya he comentado, me siento mucho más unido al gallo, así que mientras todos eligieron Pollo Campero, yo me pedí un par de porciones de Pizza Hut. Todos sabemos que tanto ellos como Telepizza, Burger King y Mc Donalds sólo usan deliciosa y escogida carne de rata 100%, así que no me sentí mal al comerla (aunque luego sí).

Volvimos reventados y, tras la cena, nos despedimos de Elvira y Adriana. Las echaremos de menos. Comencé a sentir

un agudo dolor de tripa. Al enterarse de que me tomé las 4 pastillas juntas por orden del doctor (tiré los envoltorios y sólo me acuerdo de que la medicina empezaba por S) las chicas y yo empezamos a pensar palabras con la letra s: subnormal, sudoración, sobredosis, sanitario,... No salieron en ningún momento palabras como sano o sabio. Aún sabiendo que me las prescribió para “limpiar la zona”, las chicas pensaron que estaba loco y yo les di toda la razón.

Esa noche me cagué en el doctor un par de veces (literalmente), aunque había provocado muchas risas (sobre todo de mí) y, aunque me cae un poco peor, reconozco que no es culpa suya sino de las diferencias culturales.

JUEVES, 9 DE AGOSTO DE 2007

Como si supieran que ya nos íbamos y vinieran a despedirse, aparecieron anoche varios animalitos. Primero vino un sapo, que por sus dimensiones debía ser un príncipe encantado, pero a tamaño real. Si la leyenda dijera que al besarlo se transformaría en una princesa casadera, quizás me hubiera aventurado a hacerlo, pero el premio que reza la leyenda actual no me invitó en absoluto a hacerlo. Más tarde apareció una cucaracha de unos 15 cm a lo Men In Black que despejó todas mis dudas sobre si debía acostarme o no.

Por la mañana tuve un problema. Si alguna vez habéis intentado despediros de un gallo, sabréis cual era. Después de todo lo que hemos pasado juntos no quería ni acercarse. El creído no me dio un beso de despedida, ni un abrazo, ni siquiera un mísero “*hasta la vista y que te vaya bien*”. Pero sé que lo echaré de menos y que cuando él esté en el fondo de una olla, recordará con añoranza estos dichosos momentos. Me limité a correr

detrás de él un rato y, cansado, a despedirle con un leve movimiento de mano.

Fuimos a los cantones a repartir el material que quedaba. Primero le llevamos la silla de ruedas a Carmen, que se puso muy contenta, incluso al decirle que al día siguiente ya podría ir a la escuela. Esto demuestra una gran diferencia entre España y El Salvador. Los que están necesitados lo agradecen todo y lo comparten todo, mientras que nosotros en general somos egoístas y nos quejamos por minucias. No le damos su justo valor a las cosas. Si a mí alguien me dijera que podía empezar antes el colegio gracias a él, le echaría de muy malas maneras de mi casa.

Nos marchamos con la agrídulce sensación de haber hecho algo importante, pero sabedores de que no era mérito nuestro. Desde aquí agradezco, de mi parte y de la suya (nos lo repiten constantemente) a toda la gente que ha hecho posible este proyecto. Después siempre queda la sensación de que podíamos haber hecho algo más pero, como reza nuestro lema, debemos ir pasito a pasito. Repartimos todo el material en las escuelas y en Veracruz Abajo nos dieron incluso unos presentes que aceptamos de todo corazón (aunque luego tuvimos que cambiarlos ya que a mi cabezón el sombrero le quedaba muy pequeño y a Raquel la camiseta muy grande).

Nos despedimos de Marta aconsejándole que no nos tratara tan bien, ya que se podía correr la voz y al año siguiente su casa estaría infestada de españoles. Prometió que trataría de venir a vernos a Chiltiupán, sobre todo si íbamos a algún complejo turístico a relajarnos.

Para no variar, comimos en el *Pollo Campero* (que a partir de ahora llamaré PC para ahorrar cuaderno y evitar la tala indiscriminada de árboles) y por enésima vez comencé una especie de dieta para ver si mejoraba mi situación intestinal.

Al acercarnos a la costa, empezamos a notar esa brisa con olor a sal (y a pescado en descomposición) características de puertos y playas. Aunque soy más de montaña, unas vacaciones en Centroamérica sin playa no son lo mismo, así que nos hicimos unas fotos en el paradójico paisaje en el que cohabitan la pobreza más extrema y los hoteles de lujo con playa privada.

Al llegar a Chiltiupan recibimos la invitación a asistir a la misa del “*Father*”. El Padre resultó ser un cura estadounidense con un marcadísimo acento, al principio casi ininteligible. Nunca me imaginé que asistiría a mi primera misa en El Salvador. Las historias de la Biblia están bien, pero no pude entender por qué se tenían que arrodillar tantas veces. Había muchas personas mayores que seguro se resentirían al día siguiente. Además me sorprendí mucho cuando vi al Padre apurar la copa de vino, pensé que el problema del alcoholismo estaba muy extendido y que había dejado a los fieles sin nada. Más tarde me explicaron que se hace así, que lo que se comparte es el cuerpo de Cristo (y no su sangre) y que por tradición hay que apurar la copa. Espero que perdonen esta confusión debida a mi total inexperiencia en materia religiosa...

Luego tuvimos una grandiosa e inmerecida recepción por parte del grupo de jóvenes cristianos de Gladys con cena, baile, canciones, etc. Lo pasamos muy bien y, como en toda ocasión grande, decidí hacer un poco el ridículo bailando para romper el hielo. Desde luego puedo decir por sus caras que lo hice a la perfección (lo de hacer el ridículo, claro).

VIERNES, 10 DE AGOSTO DE 2007

Por primera vez en el viaje he sacado el despertador que traía conmigo, consciente de que el gallo era agua pasada y me cos-

taría mucho despertarme sin su ayuda. No hizo falta, ya que encontré un nuevo compañero de madrugones: el autobús de las 6:30. Para justo al lado de mi ventana, hace un ruido infernal, y, por si me quedo dormido, enfrente tengo el colegio con sus casi 800 alumnos.

Hoy queríamos empezar fuerte, para irnos acostumbrando, e íbamos a visitar el cantón de Santa Marta. El tiempo para llegar, como los precios, se dobla para los extranjeros. Los niños tardan una hora y media atajando por la montaña, así que para unos europeos en forma y con calzado fuerte calculamos unas 3 horas (muy acertadamente). El clima es mucho más suave y fresco aquí, con una agradable niebla casi permanente. Las cadenas montañosas quitan el aliento y se suceden como si se hubiera arrugado esta parte del mapa.

El camino salía del pueblo y llegaba hasta un estrecho camino de piedras cuyo atractivo nombre era “*Las Termópilas*”. No era excesivamente estrecho, pero si muy empinado, con muchas subidas y bajadas, y estoy convencido de que gran parte del contingente persa hubiera perecido si hubiese intentado llegar a Santa Marta, aún sin nadie que lo guardara.

A cada trecho aparecía una telaraña con una preciosa inquilina del tamaño de la mano de un niño. Me sorprende a mí mismo diciendo esto, pero daba gusto verlas tan lozanas, hasta tal punto era el desprecio que sentíamos por los mosquitos, que se ensañaron con nosotros desde el principio. Se sentía uno una especie de Félix Rodríguez de la Fuente, rodeados de exuberante naturaleza (eso sí, esperemos tener mejor suerte que él con el avión de vuelta).

Vimos animales y plantas de todo tipo: orugas, arañas, lagartos, mariposas de todas las formas, tamaños y colores, setas, cangrejos albinos, marabuntas de hormigas, frutos y

semillas extrañas, flores muy variadas, árboles de bálsamo (muy propio de la zona) y multitud de cosas más. La verdad es que daban ganas de ir al Jardín Botánico y decirles que se pusieran las pilas. Recogí muchas semillas para intentar hacerle un collar a mi madre (ya que le gustan mucho y de paso me ahorro un regalo). Como llovió la noche anterior y el suelo era muy arcilloso, acabamos andando como buzos o astronautas, con una plasta de al menos 2 kg de barro en cada pie.

Llegamos, saludamos a los profes, visitamos la escuela, les pedimos una lista de necesidades prioritarias, comimos un sandwich y una hora después reemprendimos el camino de regreso, muy parecido, solo que ahora estábamos el doble de cansados. Sudé por partes del cuerpo que ni conocía y al llegar me derrumbé sobre la cama.

Por la noche (a las 7) fuimos a un café de lujo de la playa a cenar, y se me iluminó la cara cuando vi los platos de pescado. Nunca pensé que los echaría tanto de menos después de no haberlos comido en tantos días. Pedí uno acompañado de verduras con salsa de naranja y me supo a gloria.

Mañana las chicas empiezan con el curso así que toca acostarse pronto y despertarse con el autobús.

SÁBADO, 11 DE AGOSTO DE 2007

He estado leyendo un poco por encima el diario y me parece soso, poco divertido, mal redactado y carente de emoción. Seguro que mi padre podría añadir una larga lista de críticas “destructivas” a éstas. En un principio comencé a escribir para no olvidarme de las cosas; luego como algo que podrían leer algunos amigos y, finalmente, (no debemos olvidar que vivimos inmersos en el capitalismo) para hacer negocio con él. Sin

ánimo de lucro, claro, pero sí regalarlo al hacer una compra en el mercadillo, o ponerlo a un precio de coste y destinar los beneficios al proyecto en El Salvador. No es que crea que tiene algún valor artístico, y mucho menos literario, pero todo el mundo tiene en casa esa mesa que cojea y el diario tiene un tamaño adecuado para remediarlo... Además, algún dibujo tiene un parecido remoto (totalmente casual) con la realidad. Si alguien lo ha adquirido pensando que contendría chismes sobre mis compañeras de viaje, se ha equivocado ya que seguramente pasará un minucioso examen y una amplia censura por su parte. Si alguien después de leerlo sigue muy interesado en enterarse de algo, puede preguntármelo directamente.

Hoy Raquel y Arancha empezaban el curso. Tras unos intensos momentos de tensión, provocados por el nulo funcionamiento del cañón (que a mi modo de ver es imprescindible), se ha podido comenzar. Es muy posible que el suspiro de alivio de Raquel se haya oído hasta en Madrid. A mí me pasa eso y tienen que llamar a una ambulancia.

Ya que a nosotros no nos toca hasta la semana que viene, hemos tenido la mañana libre. Me he conectado a Internet para hablar con los amigos y para ver si el Atleti había entrado en la UEFA. Aquí todo salvadoreño es del Madrid o del Barcelona. Yo diría que hay muchos más aficionados de estos dos equipos que en España (y por supuesto más fieles y comprometidos). Y todos cuentan que cuando hay un derby, las calles se quedan completamente desiertas. La gran estrella salvadoreña, Mágico González, que militó bastante tiempo en el Cádiz hubiera llegado lejos de no ser por su afición a la bebida y a hacer lo que le daba la gana. Cuenta la leyenda, que una vez llegó completamente borracho a la segunda parte de un partido, y que él solito le dio la vuelta al marcador. En Cádiz sigue siendo muy

querido y me han dicho que en su camiseta sigue poniendo “Visite El Salvador”. También aproveché para hacer unos cuantos dibujos de flores, plantas y frutos.

Fuimos a comer con las Hermanas, que insisten mucho en que vayamos. Cocinan estupendamente y acordamos poner cara de pena cada vez que las veamos, por si nos vuelven a invitar. Aunque no bendije los alimentos, farfullé un “*gracias*” al final que iba dirigido a ellas (que no a Dios), pero no tienen por qué saberlo todavía. Además creo que para ellas soy transparente como el cristal y que pueden ver que no seré el próximo pontífice (debido a mi juventud, por supuesto). Al llegar a casa me eché una larga e inmerecida siesta.

Dimos un paseo por el pueblo con Raquel y por enésima vez nos asaltó un borracho (aquí los llaman “*bolos*”), que iba tan pedo que tuvo que explicarnos por señas que quería dinero para tabaco. No. Para comer. No. La verdad es que están tan borrachos que no hay ni que temer que se pongan violentos. Sigo una política estricta de no dar dinero a ninguno, que terminará cuando uno de ellos me saque un “*corvo*” (machete) y me repita la pregunta con dulzura, momento en el cual le daré todo con la mejor de mis sonrisas. No me gusta dar dinero a los hombres porque beben más, ni a los niños porque se acostumbran a pedir, con los posibles inconvenientes que conlleva. Las mujeres, directamente, no piden aquí.

Caminamos ya con Arancha hacia el otro lado del pueblo. Teresa y Gladys se adelantaron para ir a una misa en una iglesia que se iba a inaugurar. Aquí hay iglesias y templos por todas partes, y la mayoría de las veces son casitas en las laderas de las montañas.

Continuamos nuestro paseo y pasamos por una zona preciosa, abarrotada de luciérnagas. Decidimos ir a cenar a una

pupusería del pueblo. La pupusa costaba 0,25 \$ y con 2 has cenado. Dado el estado de mi estómago, se quejó cuando pedí 2, pero como es la boca la que pide... Espero no pasarme otra semana reflexionando (sentado).

Se nos unieron Santa Teresa y Santa Gladys, que venían radiantes porque las habían hecho firmar las primeras en las hojas de la inauguración. Unos de fe y otros de maíz, esa noche todos nos fuimos ahítos a la cama.

DOMINGO, 12 DE AGOSTO DE 2007

Hoy no escuché el autobús. Nos levantamos tarde porque habíamos quedado a las 9 para ir a San Salvador a comprar artesanía. El domingo Dios descansó y por consiguiente los del “*Pasito*” decidimos que sería impío trabajar más que él. Oficialmente, nuestra actividad como organización era “reactivar la economía de la zona a base de insuflar capital extranjero”.

Consciente de mi aspecto y temeroso de que algún salvadoreño me arrojase unas monedas al verme pasar, decidí afeitarme. Me ha recordado a los anuncios porque ha sido un doble apurado: uno por la precisión con que lo he hecho y otro porque he empezado a las 8:45 y no me daba tiempo.

Me he llevado un pequeño susto, ya que después de coger dinero para comprar me he percatado de que sólo me quedaban 60 \$ para el resto del viaje. Aun así me he gastado todo lo que llevaba para artesanía, antes de comprobar que tenía más guardado en diferentes lugares. No me gusta llevar todo el dinero encima pero esta técnica, debido a mi mala memoria, me va a causar un infarto. Al final tenía una cifra similar a la de las chicas, por lo que parece que podré sobrevivir el resto del viaje.

Nos ha llevado a San Salvador un amigo de Arancha, Neto (sigo sin saber de que nombre es diminutivo) en un pick-up. Me considero una persona normalmente sosa e introvertida, pero en el asiento del copiloto de un coche mis poderes se multiplican. Y Neto ha tenido la ocasión de comprobarlo. En ese aspecto soy diametralmente opuesto a Arancha, que puede iniciar conversaciones de calidad con cualquier persona. Llevarme en el asiento del copiloto es como llevar una muñeca hinchable, sólo que con la muñeca Neto podía haber hecho más cosas (como usarla de flotador en la playa, por ejemplo).

Nos han dejado a Raquel, a Teresa y a mí comprando y mientras han aprovechado para ir al cine. Han visto “*Regreso del Todopoderoso*”, una supuesta comedia que no me tomaré la molestia de ver. Aquí el cine parece igual de malo que en España, pero cuesta 2,5 \$ y la sensación de haber sido estafado al salir de la sala debe ser menor.

Las tiendas de artesanía tenían productos muy parecidos, y la unificación de precios (y la reticencia a bajarlos) era tal, que dejaba muy poco espacio para el regateo. Aun así, a los turistas con prisa les daban un empujoncito: “*Esto vale 12 dólares, pero se lo dejo en 10*”. Te hacían siempre una reducción de 2 dólares, pero luego costaba un mundo que te rebajaran 5 céntimos más.

No sé cuantas veces he oído “*Pase adelante, mire sin compromiso*”. Todos decían lo mismo, y como mirar salía tan barato, estuve haciéndolo como una hora. Como a veces me agobiaban bastante ofreciéndome cosas, empecé a preguntarles por objetos raros y productos absurdos. Un saca estacas, huevos decorados, abanicos de plumas e incluso cajas de música salvadoreña. Normalmente agachaban la cabeza, decían que no les quedaban y buscaban una presa más fácil.

Como persona sensata, al comprar le di prioridad a los regalos para mi novia (por motivos evidentes para el que la tenga) y para mis suegros, ya que supongo que para mis padres el mejor regalo será recibir a su primogénito sano y salvo (¿o quizás no?). Pero para mis suegros que el vago del novio de su hija no les lleve un detalle no tendría perdón. Además se me desconchó la máscara que les compré (o me la vendieron desconchada, me temo) y les he comprado otras dos.

Salimos de allí hacia el puerto de La Libertad con un hambre de lobo. Y, ¿dónde va el lobo cuando tiene hambre?. Al gallinero... Si, en efecto, fuimos otra vez al *Pollo Campero*, sólo espero no coger un trauma por esto. Están abriendo sucursales en muchas capitales, parte considerable de las cuales me parece que están pagando a nuestra costa.

Por la tarde pasamos por San Blas, una zona de turismo residencial con playa privada, donde el “*Father*” tiene unos amigos que le dejan el apartamento. Teresa y yo corrimos como niños a las cálidas aguas, mientras Arancha y Raquel hacían dibujos en la negra y fina arena.

Estuvimos platicando en el porche con unas cervecitas hasta la noche, cuando recordamos a qué habíamos ido a El Salvador y regresamos para dormir.

LUNES, 13 DE AGOSTO DE 2007

Ayer, en ese momento a caballo entre la vigilia y el sueño, tuve una visión. Mejor dicho una audición. Escuché varios cantos de gallo respondiéndose unos a otros. Tendré que comprobar si fue un sueño o si existen de verdad esos despertadores naturales. El hecho es que me reconfortó recordar a mi joven amigo.

Hoy las chicas han salido mientras me vestía y aún estaba sin desayunar. En este patriarcal país donde un niño puede ser cabeza de familia por delante de su propia madre, di por supuesto que no se me habían pegado las sábanas sino que las chicas se habían despertado muy pronto. A ver quien me lo discute...

La primera noticia que he recibido hoy es que ha habido un seísmo de 5,1 puntos en la Escala Richter... ¡En España! No deja de ser irónico que sea aquí donde hay más probabilidades de que pase y que sea yo el que tiene que estar preocupado por lo que ocurre allí.

Ya puestos, me puse a buscar el resultado de ida de la Supercopa, ya que el otro día le dieron mucho bombo al partido. Me ha costado mucho encontrar referencias al respecto. Ni una sola mención en ningún sitio. Si hubiese ganado el Madrid, hubiese sido primera plana. Así que, como no pone nada, supongo que habrá perdido. Creía que mi Atleti era el único club en el que no es noticia que el equipo pierda, pero veo que no es así.

Me puse mi visera verde de contable ya que me ha tocado unificar las listas de necesidades de todas las clases del colegio, lo cual me ha ocupado casi toda la mañana. Mientras, nuestras lingüistas han hablado con las profes de niños con dificultades en lecto-escritura. También hemos tenido una reunión con los becados (uno de los cuales no ha parado de reírse en toda la sesión) y como al finalizar tenían que volver a clase, han aprovechado para hacernos un montón de preguntas. Esto me demuestra que se ha becado a chicos listos...

Me inflé a comer de nuevo con las Hermanas. Sé que lo hacen con su mejor intención, pero están echando por tierra el magnífico trabajo de la infección estomacal, que me había

dejado cuerpo de top model. El Señor esta intentando conquistarme por el estómago (como sólo se conquista a un hombre) o por la buenas o por las malas.

Nos hemos hecho famosillos y ya nos están pidiendo un bis. Vamos a dar el próximo miércoles un cursillo improvisado de estimulación temprana a las madres de la zona portuaria. Trato de encajar con buena cara este revés del destino. Estaba intentando librarme del cursillo del sábado y nos cae este también. Bueno, apuraremos lo mejor posible estas dos tazas de caldo (en realidad agradecemos poder ayudar).

Raquel ha venido entusiasmadísima de hablar con el niño sordo. Le encanta y creo que si le hubiese puesto un contrato de adopción delante, lo hubiera firmado sin mirar. Es muy poco habitual ver a una terapeuta del lenguaje trabarse de la emoción.

Para cenar había tortilla de patatas en la casa de las Hermanas. Voy a tener que decirles que mi Culto (al cuerpo, claro, y al círculo, símbolo de la perfección) no me permite verlas más. Eso sí, no he dejado ni una miga de tortilla mientras pensaba en esto.

MARTES, 14 DE AGOSTO DE 2007

El día de hoy nos tocaba visitar los cantones de Siberia. Es curiosa la sensación de “*deja vu*” que dan los nombres en este país: Jerusalén, Berlín, Siberia, Zaragoza,... Nos levantamos a las 6:30 con la intención de salir a las 7, lo que significaba (como se comprobó más tarde) que saldríamos a las 8. Espero que en las escuelas tengan en cuenta este “*jet lag*” cuando llegemos a las 9 para empezar a currar.

Comenzamos el descenso (todo el camino de ida era bajada y toda la vuelta era subida) con el suelo muy resbaladizo, ya que, como viene siendo habitual, había llovido la noche anterior. Este camino era mas transitado que el de Santa Marta, lo que se traducía en mas desperdicios y menos animales. Por el camino nos encontramos con una señora que llevaba a su hijo al médico con un bulto enorme en la garganta. Además llevaba un bebé muy pequeño en brazos: habían salido a las 7 del cantón y eran ya las 9:30 y les quedaba un rato. Viendo ésto nos apareció a nosotros también un bulto en la garganta (un nudo) y les dimos unos dólares y el bocadillo de Teresa. Seguro que adivináis quien llevaba 2 bocadillos, así que Teresa no se quedó sin comer.

Un poco más adelante, separado de mi manada, tuve una desagradable (aunque cómica) experiencia. ¡Otra vez! Digo esto porque no es la primera vez que me pasa. No sé la razón pero ciertos animales me tienen un odio especial. Además puedo sentir cómo disfrutaban haciendo sufrir a un chico de ciudad.

Esta vez fue un urogallo o algo parecido (en definitiva, un animal salido del Averno) al que se me ocurrió sacar una foto. Debía ser alguien famoso en su mundillo ya que enfiló hacia mí emitiendo unos horrisonos graznidos como si yo fuera un paparazzi cualquiera. Pensé que tendría sus crías cerca y me alejé. Pero al girarme, cual fue mi sorpresa cuando escuché varios pasos y me lo encontré a mi lado intentando dejarme la pierna como un queso de agujeros. Una experiencia similar con un burro salvaje hizo que cundiera el pánico. Intenté alejarme de nuevo pero él insistía en su táctica. Aproveché entonces para sacarle más fotos, lo cual no contribuyó mucho a que se calmara.

La escena era tan cómica que era digna de haberse grabado. El bicho inflado, dando graznidos y dispuesto a atacar. Yo, acu-

clillado, amenazándolo con las manos y emitiendo sonidos y gritos con desesperación. Ya estaba falto de recursos, no se asustaba con nada. Corrí cobardemente. Pasó lo que a mí se me antojó una eternidad y unos 50 metros más abajo comenzó a desviarse.

Había una casa cerca y si alguien lo vio, estoy seguro de que a día de hoy todavía no puede explicarse lo que ocurrió. No hay dinero que pague el ver a un extranjero en duelo con un pavo de 10 kg, con los testículos en la nuez (como él, por cierto, que el bicho era más feo que pegar a un padre), graznando y sin poder hacer nada para quitármelo de encima. Al menos no lo vieron (y más extraño, no lo oyeron) las chicas.

Llegamos al cantón San Luis Siberia y visitamos la escuela. La parvularia estaba muy bien organizada, cosa que hice saber a la maestra. Constatamos que no nos daba tiempo a llegar al otro cantón (además empezó a llover) y decidimos ir a casa de Don Ticho (Patricio) a ver a la niña de la portada del Proyecto y a sus hermanos. Los niños eran encantadores y los agasajamos con todo tipo de dulces y caramelos. El mayor de ellos (unos 8 años) partió con un corvo y una cesta a quién sabe qué colina a llevar a su padre y a sus 3 hermanos mayores la comida. Comimos frugalmente y les dejamos el resto de la comida. Nos hicimos muchas fotos con los niños, nos despedimos y comenzamos a desandar el camino.

Aunque fue duro, solo nos llevó 2 horas, un cuarto de hora más que la bajada. Al menos ahora no había que ir de puntillas para no caerse. Después de la subida inicié el descanso (con a, no con e de descenso) que me llevó unas 3 horas.

Arancha y Gladys fueron al puerto y a San Salvador a sacar dinero y ya se quedaron allí a dormir. Se reunirían conmigo en el puerto al día siguiente. Ante esa perspectiva, pedí ayuda a Teresa y a Raquel con el curso, ya que ellas se queda-

rían a trabajar con el niño sordo y los que tenían problemas de lecto-escritura. También empecé a recoger materiales de desecho para realizar juguetes al día siguiente.

Más tarde leí un poco y decidí ponerme con los dibujos. Como tenía alguna foto no movida, inmortalicé a mi segundo enemigo natural: el Urogallo del Infierno. Creo que no olvidaré esa mirada mientras viva.

MIÉRCOLES, 15 DE AGOSTO DE 2007

Hoy me tocaba madrugar para coger (aquí “agarrar”, que coger suena muy mal) el bus de las 7, que resultó ser el de las 7:20. Me desperté a las 6 para ducharme y preparar las cosas, desayuné un batido de fresa “Yes” y fui a la escuela para que la directora me montara en el autobús. Esta le dijo al conductor dónde me bajaba (yo solo pude oír: ...pasado Tamanique) y me despidió dejándome a mi suerte.

Los buses los componen 3 elementos: un autobús destartado lleno de pegatinas de “Cristo sálvame” o “El Señor me guía”, un conductor que casi no mira a la carretera y el revisor. Este tercer elemento es un curioso personaje, que habla a una velocidad endiablada (algo poco frecuente en el país), que no para de moverse, de decir que en el centro hay sitio, de silbar cuando se va a bajar alguien y de gritar “Dele, dele” para que arranque el conductor. La verdad es que todos hacen lo mismo, habrá una escuela preparatoria, supongo. Deben desayunar muy fuerte para llevar ese ritmo todo el día.

De repente oí un siseo. Giré, y ya estaba preparado para encontrarme la serpiente de frente, cuando veo la cara del revisor, haciendo tintinear su bolsa de monedas y siseando

para que la gente pagara. Todo un amplio repertorio digno del mejor ventrílocuo.

Otro aspecto a tener en cuenta es no sentarse nunca en la parte de atrás. La mayoría de los robos y agresiones se producen en esta parte. Dado mi aspecto de españolito bien alimentado, el portátil de Arancha que llevaba al hombro y una mochila llenísima a la espalda (de latas y botellas vacías, si, pero apetecible a primera vista), me aseguré de sentarme bien delante.

Como había llovido la noche anterior, había varios derrumbes en la carretera, pero ya estaban arreglándolos y casi no perdimos tiempo. Me habló un hombre que me decía que me bajase con él, que le enviaba Gladys y que yo había estado en su casa. Repasé mentalmente las casas en que había estado y no me sonó su cara para nada, pero no vi ningún inconveniente en confiar ciegamente en un desconocido. Además había dicho el nombre en clave: Gladys, lo que me inspiró confianza. Sólo un rato después al encontrarme con Arancha, descubrí que se trataba de Don Ticho, al que no había visto en su casa.

Dimos el curso ante una veintena de personas muy aceptablemente teniendo en cuenta el escaso tiempo de preparación. Como los salvadoreños son tan agradecidos, nunca sabes cuando has hecho algo bien de verdad. No hubo imprevistos y salimos bastante contentos.

Volvimos en bus y después de tanto dibujar y escribir retomé el libro que había dejado de leer en el avión. Ya prácticamente me lo he terminado.

Por la tarde cada uno estuvo a su rollo. Raquel se fue con el grupo pastoral de baile, que le encanta; Arancha se preparó ya que salía de fiesta con amigos (y tenía pensado trasnochar

en San Salvador) y Teresa y yo platicamos y reflexionamos sobre nuestra labor aquí que, dada la rapidez de estas cosas, no esperamos que dé un fruto inmediato.

JUEVES, 16 DE AGOSTO DE 2007

Ayer me quedé un rato por la noche leyendo el libro que había traído. Tengo que reconocer que llegando al final me siento un poco defraudado. Puedo comprender que las novelas escritas para intentar ser best-sellers mantengan la tensión a base de cambios bruscos de guión (previsibles de tan manidos) en los que nada es lo que parece. Así el lector tiene nuevas sorpresas y a la vez se siente inteligente por ir desvelando el misterio. Pero lo que no me puedo explicar es por qué siempre el malo es el hermano perdido del protagonista. Si fuese un desconocido al lector le daría igual, lo importante es que el malo pierda para que podamos dormir tranquilos.

Nos levantamos tarde, en parte para que Arancha se recuperara de la pequeña juerga nocturna que tuvo con sus amigos de por aquí, y en parte porque nos esperaba un duro día de relax en un recinto turístico de San Blas. Aunque necesitábamos el descanso, creo que a todos nos pesaba un poco la conciencia por estar allí y por eso, entre tanto lujo, pedimos tan sólo unos cocos de 40 centavos. En realidad para nosotros no era tan caro ya que la docena de ostras costaba 3 dólares. En Madrid, el mero hecho de mirar el escaparate de un restaurante que tuviese ostras ya costaría esos 3 euros.

De nuevo, en cuanto nos soltaron la cadena, Teresa y yo corrimos derechos a la playa. Como las olas eran gigantescas podríamos decir que disfruté como un enano. Te embestían y te arrastraban con una fuerza descomunal, como a mí me

gusta. Los demás optaron por actividades más relajadas. Parecía que estuviésemos en un balneario, ya que tanto la playa como la piscina estaban a elevada temperatura. Si hubiésemos pedido las ostras posiblemente nos las hubieran cocinado en la misma piscina. Espero que los lectores de clase alta sepan perdonar mi absoluto desconocimiento del modo de preparación de las ostras: con mi sueldo no paso de los berberechos en lata.

Me dediqué a dar paseos por la playa. Es anecdótico que a la derecha del complejo sólo encontrara semillas de frutos y a la izquierda sólo conchas de moluscos. Supongo que tendrá que ver con el poder adquisitivo de los clientes de los complejos contiguos.

El Padre iba a llegar tarde y se barajó la opción de comprar comida en el *Pollo Campero*. Tal debió ser el rictus de terror que recorrió mi cara que se desestimó la idea y se compraron salchichas y pollo para hacer una barbacoa. Puede parecer que los alimentos eran los mismos, pero para mí significó un cambio radical en la alimentación. Comimos pollo BBQ al estilo de Cleveland y perritos calientes. La próxima vez nos tocará hacerle una paella al Padre.

A la vuelta, me di cuenta de que los lugareños miraban hacia el coche con el gesto torcido. En un principio pensé que era por ver al “*father*” con un gringo de aspecto muy serio al lado (ya se conoce mi incapacidad como copiloto) pero al bajar la ventanilla me encontré con que las chicas hacían su versión de temas españoles de los 80 y los 90 a voz en cuello en la parte de atrás del pick-up. Inmediata e inevitablemente negros nubarrones poblaron los cielos de Chiltiupán.

Mientras Teresa y Raquel iban con los jóvenes a su sesión de baile y Arancha intentaba que su portátil pasara de estas vacaciones, me acabé el libro. Hacia el final mejora ligera-

mente, lo que calmó un poco mi ánimo y me hizo borrar el nombre del autor de mi lista negra.

VIERNES, 17 DE AGOSTO DE 2007

Si bien mi primera obsesión fue con el gallo, y con el tiempo fui cogiéndole cariño hasta llegar a la amistad sincera, también he reconocido a mi más irreconciliable enemigo. Feo, altanero, engreído, agresivo y con una trompa-moco horrosa. En efecto, mi enemigo natural resultó ser un pavo. No sólo su carne sabe mucho peor que el jamón cocido, sino que además proviene de un animal sumamente desagradable. Por no hacer ni engorda.

Teresa y Arancha iban a San Salvador a comprar material, Raquel tenía que hacer las evaluaciones de los chicos con problemas de lecto-escritura y sólo quedaba un pardillo para acompañar al Padre a la misa. En realidad no me puedo quejar: las historias de la Biblia son entretenidas y escuchar a este Padre dando sermones es divertido. Es un hombre cercano a la gente y choca verle hablar coloquialmente con su marcadísimo acento americano. Eso sí, es un tanto incómodo que todos se arrodillen y canten, mientras yo me quedo más quieto que una estatua. Aunque nadie ha puesto mala cara, siempre me queda la sensación de que piensen que soy desconsiderado por asistir a misa sin creer en ello.

Quedamos pronto por la mañana, tan pronto que íbamos los dos en el coche, él con un termo de café en la mano y yo con un trozo de pan en la otra, desayunando. Llegamos hasta el *Corral de Piedra*, caserío que toma tal nombre de la cantidad de colinas que lo encierran. No deja de ser curioso que en *Corral de Piedra* la iglesia sea de barro.

Al volver, Pablo, que estuvo en el curso del miércoles, (y que es una especie de coordinador del *Caserío de la Lima*) nos invitó a tomar algo en su casa, que estaba de camino. Ese algo consistía en “*atol de elote*” (una especie de natillas de maíz), “*elote cocido*” (maíz) y sopa de gallina. Probé el atol ya que no era ni remotamente la hora de comer y como teníamos que ir todavía a inaugurar la nueva torcedera de bálsamo, les dimos las gracias y nos llevamos la sopa. Quien haya tenido que llevar una olla hirviendo de sopa de gallina entre las piernas durante 45 minutos, podrá imaginarse el buen rato que pasé a la vuelta.

La torcedera nueva (e inventada) que inauguramos tenía aún algún que otro defecto, pero funcionaba. Cuando esté mejorada se supone que Alemania donará otras 2 a la población. Vimos los productos del bálsamo (que intentaremos traernos a la vuelta) y la torcedera en acción. De repente a Raquel se le ocurrió que como yo no dibujaba mal, podía hacer el sello de la Agrupación y yo insistí en que, como maestra, ella podría hacer los carteles para las ventas. Esta especie de guerra no le venía bien a nadie, salvo a los asombrados parroquianos que observaban con una sonrisa como nos comprometíamos más y más.

Por la tarde asistimos a la presentación de la *Reina del Colegio*, en la que niños de todos los cursos desfilaban vestidos de gala por el patio. Había tanta tensión como en la Gala de Miss Universo. El sistema de elección de la reina es, cuando menos, curioso: la candidata vende votos a la gente y la que más votos ha vendido, gana. Da lástima lo inmersos que estamos en el capitalismo. Pues lo dicho, como Miss Universo pero sin tener que acostarse con nadie para ganar votos.

Es impresionante. Los chicos de la banda (de todas las edades) tocan de oído. Esta noche tendré que beberme unas cervezas para olvidar lo patético que era yo a su edad comparado con ellos.

SÁBADO, 18 DE AGOSTO DE 2007

Hoy al despertar he sentido un agudo dolor de cabeza. Como era sábado mi primer pensamiento fue que me había tomado unas copas de más el viernes... Luego recordé que estaba en El Salvador y que sólo me tomé 2 cervezas en todo el día. Entonces empecé a relacionar el malestar con el curso que tenía que dar a las 8. Los mecanismos de autodefensa del cuerpo son increíbles. Una lástima que la conciencia venga también con el pack, ya que echa por tierra todos los hedonistas planes del cuerpo. Por si acaso me tomé un Algidol, mi panacea, mi bálsamo particular.

Teresa debía relevarme a las 11 (y de paso mejorar la impresión que yo había causado) y Arancha y Raquel tenían que terminar las copias de los trabajos y empezar a visitar becados.

Comencé el curso ante 25 personas y como siempre que me toca hablar ante mucha gente estaba aterrado; conseguí sin embargo neutralizar el miedo haciéndoles unas bromas antes de empezar. Un público difícil. Normal, teniendo en cuenta que algunos venían de muy lejos y no soy precisamente Eugenio. En realidad, visto desde la distancia, a ellos debía de pasarles un poco lo mismo. Me vi obligado a sacar el comodín y contar mi periplo con el pavo para que me perdieran definitivamente el miedo (y también el respeto, por cierto).

Tuve que acelerar mucho y me faltaron varias cosas por contar pero no podía robarle su tiempo a Teresa que tendría

dificultades semejantes. Así que di un curso de tres horas y media largas en apenas dos horas y cuarto. Aun así la sensación fue buena, aunque en la evaluación del curso pidieron más material y ejemplos visuales de cómo se aplicaba el método. Tomaré buena nota para futuras ocasiones.

Me encontré con las chicas, que estaban destrozadas por las situación familiar de algunos becados que habían visitado. Y no era para menos. La verdad es que se te cae el alma a los pies cuando ves la necesidad que tienen de todo y cómo continúan su vida en la miseria (y a pesar de ello siempre te ofrecen lo poquísimo que tienen). Pero hay que verlo para entenderlo bien. Por eso, trataremos de ser el nexo, para intentar abrir los ojos, el corazón y los bolsillos de toda la gente de España para que echen una mano en todo lo que puedan, aumentando y mejorando el proyecto año tras año. Para que nuestra ayuda llegue en todos los campos y valga para que este pueblo pueda salir adelante, que no se quede todo en un parche que se caiga tarde o temprano.

Si estás leyendo esto, ya mismo puedes ponerte en contacto con nosotros, ya sea para colaborar personalmente o para contribuir económicamente aunque sea a costa de hacer un agujero más al cinturón. Si crees que te estoy presionando demasiado, piensa en lo poco que te han costado estas hojas y en las horas que me he pasado escribiéndolas (sí, las tonterías y los desvaríos también ocupan tiempo). Y mírate al espejo. Si puedes hacerlo eres materialmente mucho más rico que ellos (un espejo en casa es un lujo) así que aporta tu granito de arena, por pequeño que sea.

Bueno, se nota que me he desahogado, incluso aprieto menos el boli. Antes de sufrir este ataque contaba que nos fuimos a comer con los licenciados del Ministerio y las Hermanas,

y que volvimos para el acto de clausura de los cursos. Fue un momento emotivo donde nos agradecemos mutuamente la presencia y el interés, repartimos el material de los cursos y, para nuestra sorpresa, recibimos un galardón del Ministerio de Educación para el proyecto “*Por un pasito más*” por su labor. Esperamos y esperan que se repita.

Éste es un lugar muy bonito y por la tarde fuimos a ver el atardecer a un alto del pueblo. Es una puesta de sol preciosa la que hay aquí que no tiene nada que envidiar a las del Serengeti que salen en los documentales de la 2.

Invitamos a comer pupusas a los jóvenes (bueno, estrictamente invitó Raquel, ya que todavía no hemos conseguido que acepte nuestro dinero) que fueron muy hospitalarios con nosotros. Es increíble que 15 personas coman y beban por la friolera de 17 dólares. Además, las pupusas están riquísimas y son muy variadas.

Conseguimos sonsacar a los amigos de Arancha el lugar donde compraban cervezas y celebramos con alegría el satisfactorio fin del curso.

DOMINGO, 19 DE AGOSTO DE 2007

Este sacro día lo tenemos relativamente libre y siempre lo aprovechamos para visitar una parte del país. Pensábamos salir prontito, pero de nuevo salimos 40 minutos después de lo previsto. Espero que nos dejen un “*período de adaptación*” en las escuelas para quitarnos esta costumbre. Nos va a costar mucho coger el ritmo y volver al estrés y las prisas de Madrid.

Esta vez partimos hacia el oeste del país, siguiendo la costa hacia Sonsonate, por la llamada “*Ruta de las flores*”. El nombre es apropiado, ya que se ven centenares de árboles flo-

ridos por el camino y multitud de viveros. El hecho de no tener invierno tiene la desventaja de no poder ver al Rey o a Aznar esquiando en Baqueira, pero la ventaja de que el camino se mantenga así de bonito casi todo el año.

Nuestra primera parada fue Juayúa, una atractiva ciudad turística. Tenía una gran iglesia con los megáfonos hacia fuera (una buena y novedosa idea, así no hay que entrar) y Teresa decidió visitarla. Los demás cogimos un tren turístico que daba una vuelta por la ciudad. Hay bastantes lugares bonitos en Juayúa, naturales y dignos de visitar. Este tren no pasaba por ninguno, pero nos enseñaron todas las calles y caminos que llevaban a esos lugares.

Decidimos hacer algunas compras para calmar a los seres queridos que hemos abandonado en España. Al haber bastantes turistas el asunto del regateo era anecdótico. Bajaban el precio un par de dólares y había que suplicar para que lo bajaran un céntimo más (y normalmente tampoco daba resultado). Vi una tienda de aspecto revolucionario y quise comprar la película salvadoreña “*Voces inocentes*” (que recomiendo encarecidamente) sobre la reciente guerra en El Salvador. Me marché muy indignado cuando ese especulador me pidió 5 dólares, ya que hasta las más nuevas cuestan 1 ó 2 dólares porque son bajadas de Internet y copiadas. Compré algunas cosas y le di todo el suelto a un chico con cestas de mimbre que me siguió desde que llegué. Las chicas también hicieron sus compras y continuamos viaje hacia nuestro siguiente objetivo: Apaneka.

Dimos una vuelta por el lugar, pero ni Gladys ni los demás pudimos averiguar el atractivo turístico de Apaneka. Nos pareció un lugar soso y falto de encanto. Lo único de relevancia que vimos fue una larga fila de coches del cuerpo diplomático aparcados. Sin saber si ésa era la causa de la falta de acti-

vidad en el pueblo, decidimos comer en nuestra siguiente etapa: Atako.

Atako es un pueblecito encantador. Gladys lo comparó con Antigua. Podría preguntar a mis padres, que estuvieron allí, pero para asegurarme bien tendré que ir yo en persona a comprobarlo; cuando pueda claro. Tiene calles limpias y casitas bajas con mucho colorido. Y mucha animación: música, marimbas, puestecillos de comida, venta de flores y plantas por doquier,... Además hay unos estudiantes de Bellas Artes que realizan unos dibujos preciosos en las fachadas de las casas, de un colorido espectacular. Comparados con mis pobres esbozos en Jerusalén se comprueba por qué estudié Magisterio y no Bellas Artes. Con todo, creo que podríamos sacar provecho de esos dibujos y hacer christmas para las escuelas estas navidades. Comimos en un acogedor restaurante con vistas a las pinturas.

Nos dirigimos hacia San Salvador para visitar la famosa “Puerta del Diablo” que, lejos de ser la entrada al inframundo, era un mirador desde el que debía haber unas vistas preciosas. Consistía en un par de peñas muy altas llenas de escalones excavados, pero había tanta niebla que no se veía el siguiente escalón. Subimos Teresa y yo, ya que los demás dijeron que si quisieran verlo todo blanco, se irían a la nieve. Al llegar arriba se disipó un poco, pero impresionan más las fotos con niebla que sin ella. Con las prisas compré un par de huevos de madera pintados para mis abuelas a precio de huevos de Fabergé, aunque eran muy bonitos. Al salir de allí, en Planes de Penderos, decidimos comprar pupusas, las mejores del país.

A la vuelta decidimos tomar algo en la playa y el Destino nos llevó a un lugar llamado “Costa Brava”, regentado por un hombre de Gerona que decidió alejarse de nuestra miserable existencia y vivir tranquilo y feliz aquí. Sabia decisión.

Me desperté como de costumbre a las 6:20 horas, con el autobús. Luego me amodorré otra vez para dormir aproximadamente una hora, hasta las 7:25. Es una suerte que no oiga el autobús de las 4 ni el de las 5. Aunque me despierto muy bruscamente, lo prefiero al despertar de las chicas, en el otro lado de la casa, ya que el vecino pone bachata a todo trapo desde las 5 y media o 6. Si pudiera traer a mi vecino de abajo en Madrid, dudo que hubiera vuelto a tener la más mínima queja sobre mí.

A las 8 teníamos reunión con el alcalde que, como ya intuíamos, no sirvió para nada. Nos contó todo lo que hacía por el municipio y nosotros todo lo que hacíamos en materia de educación. Lo que en realidad quería es que le dejáramos dos enormes fajos de dinero en la mesa y nosotros queríamos que invirtiera algo en educación. Huelga decir que creo que ninguna de las dos partes conseguirá lo que buscaba. Le hablamos de un par de proyectos que le parecieron estupendos, pero me temo que si volviéramos dentro de un año, los encontraríamos en el mismo sitio de la mesa.

Aunque me sacan de quicio la política y la religión, veo mucho más factible colaborar con la Iglesia a nivel personal (no institucional) ya que se involucran bastante en la mejoría y el bienestar del pueblo. No creo en su doctrina ni en su Dios, pero nuestro objetivo final parece ser el mismo. Sé que quizás este es el peor país de mundo para predicar mis ideas, por lo que me conformaré con intentar mejorar un poquito sus condiciones de vida.

Volvimos rápidamente y me puse a terminar el sello que les había prometido a los balsameros. A las 10 nos enseñaron un bosque de bálsamo y una torcedera de bálsamo antigua.

Luego hablamos con las balsameras encargadas de elaborar productos, que ya estaban haciendo velas de bálsamo, y les encargamos bastantes más. Les enseñé los bocetos y parecieron bastante satisfechas con el resultado. Si nos consiguen abastecer (por la tarde ya se les había terminado el bálsamo y tenían que adquirir más) voy a tener que ensayar mi cara de pena y pedirle dinero prestado a la jefa, doña Arancha Díaz Marí y cruzar los dedos para poder devolvérselo a la vuelta. Si al menos conociera algún escándalo suyo tendría algo con lo que hacer trueque, pero o no tiene ninguno o los sabe ocultar estupendamente...

Una profesora nos invitó a comer en la que sin duda era la finca más grande y lujosa de todo Chiltiupán. Ella y su marido me parecieron modelos para el pueblo, ya que aparte de una bonita historia de amor, empezaron pobres como el resto, pero se les presentó la oportunidad de hacer negocio y de mejorar, se arriesgaron y les salió bien. Tenían flores, árboles frutales y corrales con unas 1.500 gallinas. Me parecieron menos, pero no iba a echar la tarde contando gallinas, así que confié en su palabra. Se notaba además que sus 2 hijos llevaban una dieta mucho más variada que la mayoría de los niños del pueblo. Comimos como reyes: pescado, camarones (gambas), arroz, agua de coco, plátanos y naranjas. Como conocía la historia del pavo, insistió en que me metiera en el gallinero, cosa que hice sin la menor preocupación para demostrar que aún siendo un “*niño de ciudad*”, no me dan miedo los animales. A no ser, claro está, que tengan fuego en los ojos, mala leche y una mirada asesina...

Al salir de la casa, me separé de las chicas para pasar por la casa de un balsamero que me dijo que me podía dar “*estoraque*”, una especie de corteza de bálsamo, y le di una copia de los

bocetos del sello. Carlos (se llamaba el hombre) no estaba, pero iba a volver pronto y, como había dos “*bolos*” con los ojos chispeantes de emoción esperando a que saliera el gringo a ver si conseguían algo, gustosamente me quedé a esperar en su casa-tienda con su mujer. En Madrid quizá me hubiese puesto un poco borde con los borrachos, pero en un país en el que soy invitado y en el que se llevan los corvos como llaveros es mejor no tentar a la mala suerte. Cuando salí de allí sólo quedaba uno, tumbado boca abajo en el suelo y gimiendo.

Carlos resultó ser un maestro retirado (jubilado) que me dio estoraque, mandarinas, me enseñó las vistas de su casa y con el que conversé agradablemente un buen rato. Me despedí diciéndole que las chicas se enfadarían si les dejaba todo el trabajo, cosa que resultó cierta (que hicieron todo el trabajo, aunque no se enfadaron).

Visitamos a dos becados y Gladys y Arancha debían de tener confianza porque no dejaron de meterse la una con la otra amistosamente –creo– y hubo que sacarlas de allí para que la familia pudiese cenar tranquila.

MARTES, 21 DE AGOSTO DE 2007

Esta mañana he tenido un brusco despertar. Por cierto, por primera vez he escuchado el autobús de las 5, aunque no puedo precisar la hora exacta ya que sólo he soltado un gruñido y una maldición, sin mirar siquiera el reloj.

Pero la verdadera sorpresa ha sido escuchar: “*¡Alberto! ¡Venga, que hay que ir al cole!*” Ya estaba girando sobre mí mismo y a punto de decir que me dejaran un ratito más cuando me he dado cuenta de dónde estaba, quién me hablaba y, lo más doloroso, que ya no tengo 11 años.

Era Raquel, que se iba para el colegio, a una reunión de Centros y faltaban profesores. Mortificándome por ser el último en levantarme (y por consiguiente el último en escoger curso) me vi dando clase a niños que me sacaban una cabeza y que eran más maduros que yo. Quiso la Providencia que sólo faltaran las profesoras de primer y sexto grado (puestos ocupados por las chicas), así que me pasé un poco por las 2 clases a ayudar y a ver si necesitaban algo.

Raquel me pidió que copiara los nombres de los niños de la clase, que se los habían pedido. Mas tarde me enteré que eran para una mamá que iba a hacer unas invitaciones para el cumple de su hija. Le dieron una a Raquel que rezaba: “*Ven a mi piñata*”. Suponemos que no se refiere al interior de la misma (que sería un tanto incómodo) sino que es una forma de llamar a la celebración, aunque es difícil saberlo a ciencia cierta. Cosas (aunque muy pocas) más raras se han visto y al paso que vamos me veo alquilando en Madrid una piñata “*para entrar a vivir*” ya que el sueldo no da para mucho más.

Decidí no despedirme de la clase de Teresa, tan intimidado estaba por el saludo que recibí. Según entraba alegremente por la puerta escuché un estruendo y vi como una marea de chicos se cuadraba ante mí con disciplina militar. Además me asusta tener 40 pares de ojos (porque eran 40) clavados en mí en el silencio más absoluto. Cualquiera que haya visto “*Los pájaros*” de Hitchcock, podrá entender mi turbación y mi negativa a entrar de nuevo en esa clase.

Como Gladys y Arancha salieron prontito para San Salvador a comprar sillas, mesas y fotocopiadoras, fui a casa a repartir y ordenar todo el material (juegos, juguetes, puzzles...) que teníamos para los cantones. Estuve tan atareado que

no pude ir a comprar tabaco para Raquel (y para regalar, ya que el Marlboro costaba 1,5 \$).

En uno de los recesos reuní a los 10 becados que había por la mañana y me puse a hacerles fotos individuales y colectivas. Hice primeros planos y me costó mucho que me miraran de frente y sonrieran porque estaban muy cortados, pero al final salieron bastante bien.

Tienen mucho que aprender de mí sobre cómo salir horribles en las fotos (soy todo un experto) ya que así cuando la gente te ve en persona tiene una mejor impresión. Es cierto que nunca utilizan la palabra “*guapo*”, pero sí expresiones como: “*mejor*” o “*qué alivio*” que siempre son positivas.

Por la tarde, después de una pequeña siesta, me puse a preparar las maletas y me di cuenta de que me va a costar llevarlo todo. Llevo bastante más de lo que traje. Me recuerda a algo curioso. Marta dijo una vez al presentarnos: “*Vienen a traer un poquito de lo que se llevaron*”. Aunque no olvidan lo que vinimos a hacer aquí se lo toman con mucho humor, cosa que me reconforta. Me hace pensar que pueden superar cualquier bache.

Mala noticia para mi madre, ¡lo siento! Las semillas que te llevaba para que plantaras flores no estaban secas del todo y se han podrido. Espero poder compensarte con algo, aunque me queda poco dinero y no sé si considerarás que el que tu hijo vuelva sano y salvo (aunque a vivir en tu casa del cuento, en definitiva) sea regalo suficiente.

Por cierto, aunque Raquel me ha vetado el tema para no crear ansiedad, el huracán Dean (de magnitud 5) llega el jueves a México supuestamente a la vez que nosotros, así que preveo retrasos y no sé cuando podremos volver exactamente. Espero que pronto, ya que el dinero que me queda dará para bien poco.

Nos levantamos con la tristeza de saber que era nuestro último día en el país. Dean estaba amainando y no parecía que fuera a afectar a los vuelos del jueves. Pero quedaban bastantes cosas por hacer, así que nos pusimos manos a la obra.

Mientras Arancha iba a San Salvador a finiquitar nuestros asuntos allí, las chicas terminaban y les explicaban a Paty y a la madre de Marcos el método que habían elaborado con ejercicios prácticos para el niño. Marcos tiene problemas tanto en la recepción como en la emisión de sonidos pero las chicas creen que con una correcta intervención podría mejorar mucho.

Yo por mi parte me puse a grabar fotos, a hacer copias de nuestros cursos y a terminar la maleta. Bueno, como había muchas cosas que quería llevarme a España y el espacio en las maletas era el mismo, tuvimos que ingeniárnoslas para poder guardarlo todo. Básicamente lo conseguimos dejando allí todo lo que no nos era imprescindible: ropa, útiles de aseo, medicinas, etc.

Mientras Arancha iba a San Salvador a terminar con una relación que se había mantenido durante dos meses, nosotros aprovechamos para atar los últimos cabos que quedaban sueltos. Siempre es triste que se acabe una relación pero si ha sido fructífera y se deja de mutuo acuerdo todos acaban satisfechos. Así fue como acabó la bonita historia entre Arancha y el Banco Agrícola.

Raquel fue a ver a Paty, y Teresa y yo fuimos a ver a Carlos de nuevo, a ver si nos vendía un poco de “estoraque” para recaudar fondos en los mercadillos que se hacen en las escuelas. ¡Vaya par de ilusos! ¡Parecía que no habíamos aprendido

nada en un mes! No sólo nos dio unos 2 kg de estoraque sin cobrarnos nada, sino que tuvimos que rechazar otras muchas cosas que quería regalarnos.

Por la tarde fuimos a recoger las velas y los jabones de bálsamo que habíamos encargado. Nos hubiera gustado cargarles más, pero había poco tiempo y además secamos su reserva de esencia de bálsamo. Menos mal que el balsamar está en sus manos porque si se lo dejan a europeos como nosotros, acabamos con la selva en dos semanas.

La actividad estrella de la tarde, y sin lugar a dudas la más divertida, fue la de comprobar si cuadraban las cuentas. Hubo que reunir todos los recibos, comprobar que eran correctos, sumarlos, ver si cuadraban con las cantidades sacadas del banco y volver a empezar. Repetimos tantas veces las cantidades que parecíamos niños de San Ildefonso el día de Navidad. La verdad es que parecía más difícil gastar cerca de 20.000 euros en un mes, pero teniendo en cuenta las necesidades tan grandes que tienen, habría que invertir muchas veces esa cifra para paliar un poco su precaria situación.

Ya estábamos avisados pero nos hizo mucha ilusión recibir una llamada de Marta, alcaldesa de Jerusalén, que nos comunicaba que estaban cerca. Venía con su hermano y su hija, como habían prometido. Habíamos quedado en que vendrían algún fin de semana (el domingo es cuando menos lío hay en la alcaldía) a visitarnos y a conocer la zona. Pero en El Salvador no todo lo que tiene un punto de partida y una meta llega a su destino. El estado de las carreteras (y por supuesto, el de los coches), las aldeas perdidas, la falta de señalización, los derrumbes y, en ocasiones, la ausencia absoluta de caminos practicables hacen que sea lento, cuando no eterno, llegar a los sitios.

Fue una visita corta, ya que ellos tenían que volver y a nosotros nos habían preparado una despedida en el colegio. Me dijeron el nombre de gran parte de lo que había pintado e intercambiamos regalos con ellos. Recibí con gran satisfacción la camiseta y la bandera del FMLN que tantas veces le había pedido a Marta. Bueno, más bien la amenacé repetidas veces con hacerme del otro partido si no conseguía unas del Frente. Me alegro de no haber tenido que cumplir mis amenazas.

Alargamos tanto la despedida que llegamos media hora tarde al colegio. La recepción fue impresionante. Todo el colegio reunido bajo una lluvia inclemente para agradecer nuestra ayuda y desearnos un buen viaje y un pronto regreso. En España por la mitad de lluvia hubieran cancelado la despedida, aunque fuera al mismísimo don Juan Carlos.

Con los ojos llorosos, vimos actuar bajo la lluvia a todos los niveles educativos, incluida una danza popular de las maestras. Y después una cena con ellas. Para celebrar el final de nuestra estancia, decidimos ir a un karaoke en San Salvador, cuyos detalles se diluyeron en la oscuridad de la noche.



Flora y fauna



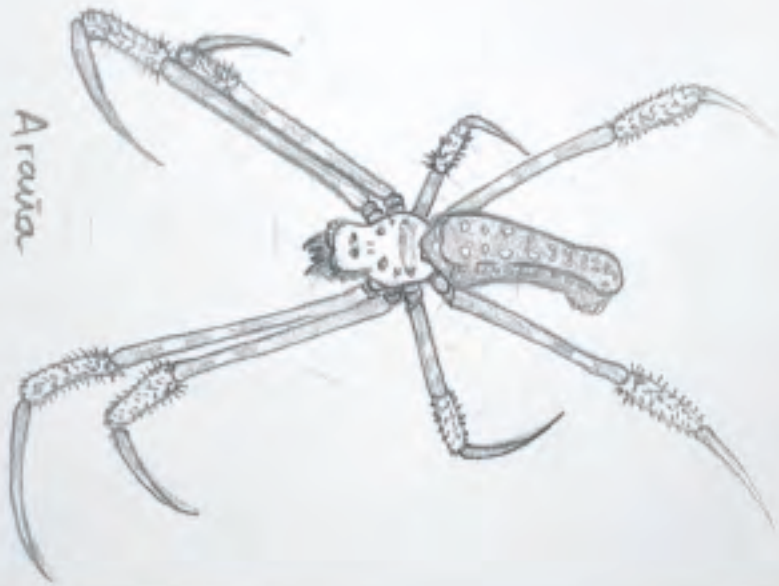
Mantid



Camarón



Araña



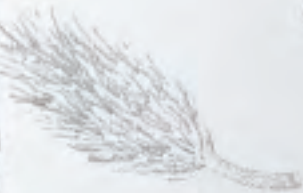
Escarabajo



Campanilla



Nozote (pueblo)



Lengua de vaca



Corazón de San José



Espino de cachito



Pepetas

Carozañ da Maria



Magdala ra



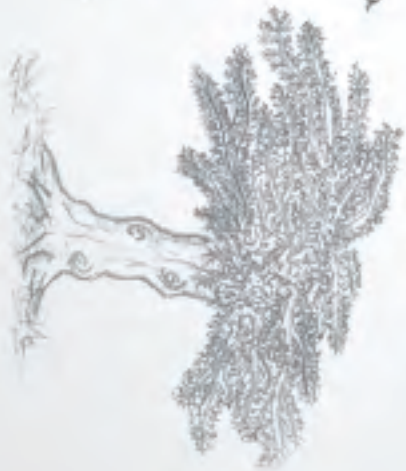
Florifundia



Ovuga



Céibo



Susamito



Guayaba



Ciempies



13 cm



Plumero

Nances



Mamonos



Cajon



Clavel



Anena



Chumeca →



Guinea



10cm



Gusano



Jocotes



Cocos



Gusano

Gusano 1 - Alberto 0



Nou

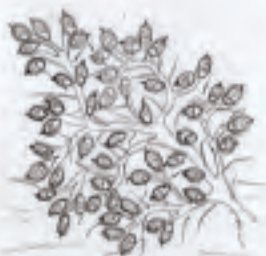
Rehabilitación de la escuela



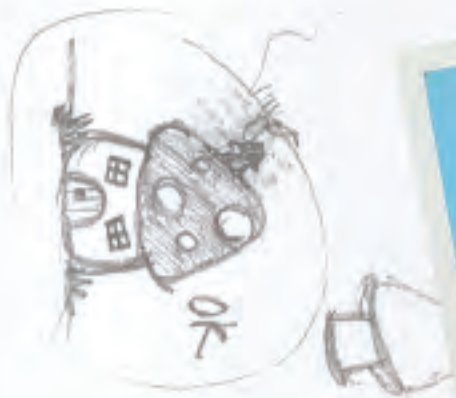
'Pauvo
del
Auerua'



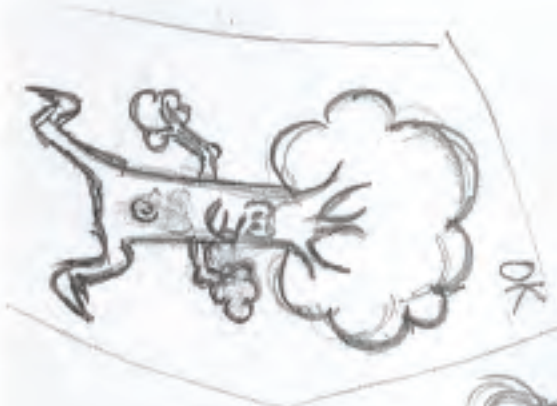
Aheli'



Kocunas, fruto
y huesos de









Salida



El jueves 23 de agosto nos levantamos prontito para no variar. Aún teníamos que terminar de preparar las maletas y despedirnos de todo el mundo. Además habíamos quedado con el padre Robert a las 7 de la mañana, ya que él tenía que dar una misa y no podría llegar a tiempo para despedirse de nosotros.

Fue un momento solemne, quizás no tanto por la despedida ya que estábamos contentos por habernos conocido, sino por el hecho de que habíamos vuelto hacia tan sólo 3 horas de un karaoke en San Salvador. Por eso, a esas alturas, andábamos como zombis, aunque mereció la pena. Para un tipo introvertido como yo, que no habla en público si no es cuestión de vida o muerte, cantar un par de canciones ante 50 desconocidos es todo un acontecimiento.

Nos despedimos de todo el que encontramos, cargamos las maletas en el pick up y pusimos dirección al aeropuerto de Comalapa. Allí nos despedimos de Gladys y nos adentramos en aquel extraño mundo que se abría ante nosotros: azafatas,

gente trajeada, artículos de lujo,... después de un mes en plena naturaleza todo aquello parecía irreal.

Ya en la aduana sufrí el primer contacto con este nuevo mundo: me confiscaron una botella no precintada que me vendieron como vino, pero que según me dijo el guardia era aguardiente casero. En su cara pude adivinar que la botella nunca llegaría a su destino, ya fuera mi casa o el cuarto de decomisos del aeropuerto. Sólo espero que tuviera el detalle de bebérsela a mi salud.

Antes de salir hacia México sufrimos un “incidente” que casi acaba con el aprobado raspado que he sacado en convivencia. Como nos quedaba algo de tiempo antes de que saliera el vuelo, decidí dar una vuelta para gastarme mis últimos 10 dólares. Después de regatear cada céntimo durante un mes, tuve que pensármelo mucho antes de gastar ese diner. Volví tranquilo y risueño con mi botella de vino de flor de Jamaica cuando me topé con 3 personas que me miraban con fuego en los ojos y cara de pocos amigos. Sólo cuando empezaron a gritar me di cuenta de que eran las chicas. Hubiera pensado que eran cosas de mujeres si no hubiese visto al copiloto del avión al lado con la misma cara. Rápidamente miré al reloj en busca de alguna excusa, pero no tuve más remedio que pedir perdón y agachar la cabeza: ¡quedaban menos de 10 minutos para que despegara el vuelo!

Debieron pensar que sería muy difícil explicarle a mis padres por qué me habían tenido que dejar allí, pero llevan mucho tiempo conmigo y saben que soy capaz de eso y de mucho más. Además no sé hasta qué punto considerarían esa emancipación forzosa una mala noticia.

Llegamos a México y ya prácticamente había desaparecido toda la tensión. En cuanto dijimos que veníamos de El Sal-

vador nos hicieron dar muchas vueltas y pasar unos cuantos controles. Debo tener cara de contrabandista o de mala persona, porque me hicieron abrir tres veces la mochila desde que salí por la mañana. La botella ya se la había llevado el “madrugador” así que aunque buscaron a conciencia no pudieron llevarse nada más.

En el avión de vuelta las películas no habían mejorado y para cambiar un poco de estrategia, me puse a hablar con el chico que se sentaba a mi lado. Era un valenciano que había tenido unas relajadas vacaciones en algún hotel con playa privada de México. Empezó a contarme lo que había hecho y el dinero que se había gastado y se me contrajo la cara hasta quedarse como una máscara azteca. Ciento cincuenta dólares en cenar, doscientos euros en un regalo para su madre, treinta y cinco euros en un colgante de los de venta a bordo,... y yo mientras repasando mentalmente lo que podíamos haber hecho allí con esas cifras. Calculé que yo me había dejado en todo el viaje (avión incluido) lo mismo que él en dos días relajaditos.

Arancha ya nos había advertido que a salir de esta experiencia veríamos las cosas de otra manera. Censuraríamos como “nimiedades” gastos que antes hacíamos casi sin darnos cuenta. Y, en efecto, me descubrí mirando al pobre chico estupefacto, sin poder creerme lo que oía. Creo que algo que hemos aprendido es a valorar las cosas realmente importantes. Te das cuenta de que la mayoría de nuestras necesidades no son sino caprichos y nuestros problemas naderías comparados con las extremas necesidades de otra gente.

Al llegar a Madrid nos despedimos con la sensación de ser un grupo, unidos por este cúmulo de experiencias que recomiendo a todo el mundo. Para mí es más que un mero viaje:

es un viaje hacia el conocimiento humano y de uno mismo, hacia la convivencia y la comprensión y, ante todo, un viaje para soñar y para creer.



Impreso en Diagonal 80,
San Agustín de Guadalix (Madrid),
a comienzos de julio de 2009.



unpasitomás

www.porunpasitomas.org